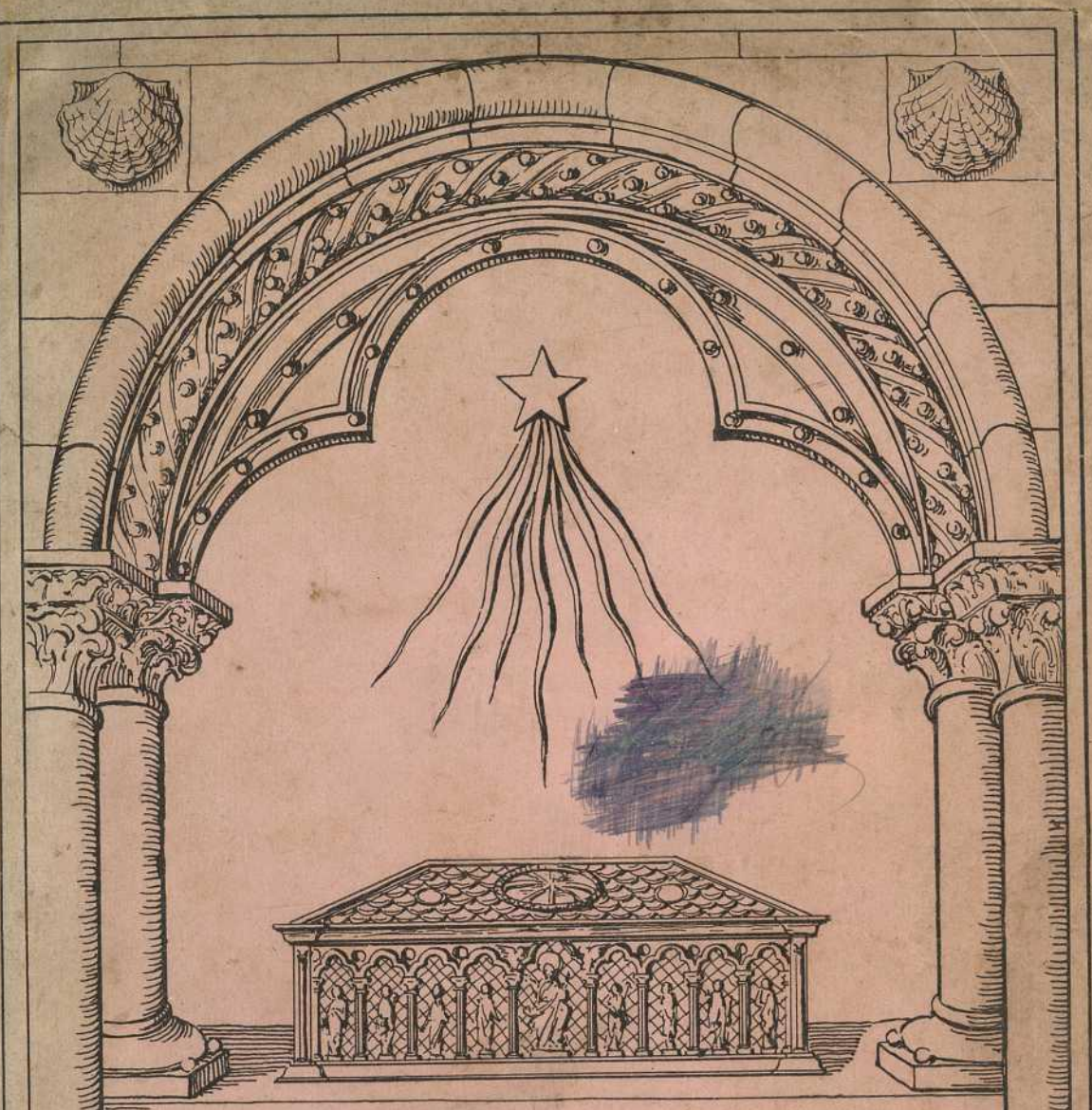


LA REINA LUPA

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS
Y UN CUADRO MUSICAL ACERCA DE
LOS ORÍGENES DE COMPOSTELA

POR

MANUEL VIDAL RODRIGUEZ

R. Torre.

XX.968

LA REINA LUPA

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y UN CUADRO MUSICAL

ACERCA DE LOS ORÍGENES DE COMPOSTELA

POR

MANUEL VIDAL RODRÍGUEZ

SANTIAGO
TIPOGRAFÍA DEL SEMINARIO C. CENTRAL
1924

PB 5552
CB 11034913
Tikn. 604071

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

La memoria de la Reina Lupa vive entre nosotros al amparo de la Tradición jacobea, de los antiguos monumentos y documentos que con ella están relacionados, y al calor del pueblo que la ha conservado con cariño a través de las vicisitudes de diecinueve siglos.

Érase una opulenta y poderosa señora que dominaba un extenso territorio entre el Ulla y el Tambre, habitado por los Tamáricos, los Presamarcos y los Cáporos, pueblos celtas galaicos, y residía habitualmente en el Castro de Veca, llamado después Lupario, de cuyas murallas, de setecientos metros de circuito, todavía se conservan restos, sobre un escarpado monte, próximo a la vía romana de Iria a Locus Augusti, y a la actual carretera de la antigua ciudad Iriense a Compostela.

Aquella tradición la reconoce invariablemente como Reina, y afirma que, convertida al Cristianismo por el Apóstol Santiago, fué después bautizada por sus discípulos cuando trajeron su cadáver desde Jerusalén, donde había sufrido el martirio, y que, como prueba de gratitud por la fe recibida, le dió honrosa sepultura en un Mausoleo construído a sus expensas en el bosque de Libredón.

Por ello merece la Reina Lupa todas nuestras simpatías, pues al ser la primera fundadora del Sepulcro Apostólico, puede decirse que cavó las zanjas de los cimientos y puso las primeras piedras de la Catedral y de la Ciudad, que, más tarde, habían de levantarse y florecer en torno de aquella Tumba gloriosa.

La tradición de esta noble matrona celto-galaica, fué recogida por los solemnes documentos y venerables crónicas referentes a los orígenes de la Iglesia compostelana y por la misma Liturgia jacobea.

Fera Matrona vincitur
Christi suscepto nomine.
.....
Visis tantis miraculis,
Matrona bautizatur,
Et reprobatis idolis.
Sepultura paratur.

(Oficio del antiguo Breviario Compostelano).

De suerte que aquélla no sólo está relacionada, sino que forma parte integrante de la Traslación del Apóstol, hecho rigurosamente histórico, que de no ser admitido como tal, hay que sostener la enorme afirmación de que, así la Catedral como la ciudad de Santiago, están fundadas sobre una verdadera fábula.

Precisamente la ciudad de Santiago no reconoce otra razón de su existencia, ni tuvo otros elementos de vida y progreso a través de los siglos que este Sepulcro, cuya autenticidad proclaman las piedras de sus monumentales edificios y todos los hechos de su gloriosa historia, desde la súbita mudanza del bosque de Libredón, fragoso, escondido y aislado, en un centro mundial de fe religiosa, de arte y de poesía, visitado por reyes y príncipes, santos y guerreros, hasta las grandiosas peregrinaciones de todos los pueblos de la Cristiandad, por las cuales Compostela llegó a competir con los Santos Lugares de Jerusalén y de la Ciudad Eterna.

Precisamente la Catedral de Santiago, con sus orígenes y vicisitudes, sus torres y portadas, sus esculturas, calados y relieves, sus arcos, columnas y capiteles, altares, sepulcros e inscripciones, y todo cuanto hay en ella, desde la pila donde abrevó su caballo Almanzor, hasta las soberbias joyas de la Capilla de las Reliquias, desde los ladrillos romanos de la primitiva fábrica del Mausoleo Apostólico hasta esa maravilla del arte cristiano medioeval, ese inspirado y profundo poema escrito en piedra, que se llama el Pórtico de la Gloria, constituyen un grandioso e imperecedero monumento a la firme creencia de que a la sombra de este Sepulcro secular reposan las cenizas venerandas del Evangelizador de España.

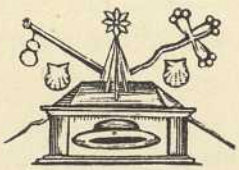
Cierto que los sucesos de aquella Traslación aparecen rodeados de algunas circunstancias milagrosas; pero aun creyendo, como creo, en la posibilidad del milagro, prescindí de ellas por considerarlas innecesarias para mi propósito, excepto las pruebas a que la Reina Lupa hubo de someter a los discípulos del Apóstol, antes de decidirse a ser fundadora y protectora de su Sepulcro, que dieron lugar a hechos prodigiosos, y que considero esenciales, pues caen dentro del admirable don de milagros que asistió a los Predicadores evangélicos en la difusión y establecimiento del Cristianismo, según las promesas de su Divino Fundador, y sobre todo por su valor artístico.

De suerte que el hecho sustancial de la Traslación pudo verificarse del modo más natural y corriente, comenzando por el viaje marítimo que hicieron los Jacobeos con el cadáver de su Maestro, desde el puerto de Joppe al de Iria, por una de las dos rutas costeras del Mediterráneo, tan frecuentadas desde hacía siglos por naves griegas y fenicias.

Así visto el hecho, e íntimamente persuadido de su existencia real, me propuse sintetizarlo en unas cuantas páginas, para ofrendar mi óbolo en el ara de la Historia y de las Tradiciones compostelanas, tan queridas y admiradas de cuantos vivimos en esta clásica Urbe de los Peregrinos y de los Trovadores medioevales, cuyo espíritu vaga aún en el ambiente de Fe y de Gesta que la rodea por todas partes, y cuyos ecos parecen todavía resonar en sus rúas legendarias y bajo las bóvedas de su grandiosa Basílica.

Para ello me he valido de la forma dramática, no sólo por la vida y el movimiento que comunica a los hechos, sino también por la concisión y la rapidez con que obliga a exponerlos. Esto no obstante, más bien que a la representación, se destina a la lectura. Si tal vez mereciese los honores de Talia, no debe extrañarse el lenguaje casi místico de algunos personajes, pues se trata de un drama esencialmente religioso.

En esta síntesis dramática he recogido los ecos de la tradición acerca de la Reina Lupa, olvidada de los poetas regionales, y las esencias de la Historia jacobea, entrelazando los hechos reales con algunos personajes, episodios y detalles de invención, sobre todo en lo que se refiere al encuentro de las civilizaciones celta, romana y cristiana, a través de una trama amorosa, ya que en definitiva el amor es el hilo de oro que borda la urdimbre de la vida, la purifica de sus tristes impurezas, la eleva, engrandece y hermosea.



PERSONAJES

Reina Lupa, matrona celta galaica, de 64 años.
Viriamo Noela, hermosa joven de 23.
Arleca, esclava, de 35.
Marco Fulvio, Tribuno militar, jefe de la guarnición romana de Iria, de 32.
Herennio, Intendente de la Reina, de 54.
Teodoro, Atanasio, Torcuato e Indalecio, discípulos de Jacobo Zebedeo. Los tres primeros de mediana edad; algo más joven el último.
Otros tres discípulos que no hablan.
El Causídico o Magistrado supremo, el gran Druida y el Bardo de los celtas galaicos. Los tres de edad provecta.
Un Coro de Peregrinos flamencos.
Un Juglar de viola y una Juglaresa.

La acción tiene lugar el año 42 del siglo I de la Era Cristiana, en el Castro Vecario, residencia habitual de la Reina Lupa, y en el bosque de Libredón, donde actualmente se halla emplazada la Catedral.

INDUMENTARIA

La Reina, Noela, Arleca y Herennio, trajes hispano-romanos.
Marco Fulvio, de Tribuno militar.
Los Jacobeos, túnica morada con ceñidor, manto y sandalias.
Los sacerdotes celtas, túnica blanca y corta, y melenas hirsutas.
El Causídico puede llevar como atributo una espada; el gran Druida un ancho cinturón de cuero y dos franjas perpendiculares en la parte anterior de la túnica; el Bardo, una rama de roble.

Observación.—Los números ordinales entre paréntesis, intercalados en el texto, indican el de unas cuantas Notas que he creído necesarias y van al final.

ACTO PRIMERO

LA ESCENA REPRESENTA EL ATRIUM DE UNA CASA HISPANO-ROMANA

MARCO FULVIO, VIRIAMO NOELA y ARLECA.

Esta última permanecerá inmóvil en un ángulo de la escena.

M. FULVIO.—La hermosura que adoro en tí, la admiré también en muchas jóvenes romanas y en no pocas de la Vasconia y de Galecia; lo que en ninguna otra he admirado es un no sé qué de grande y extraordinario, que me parece haber sorprendido en tu espíritu; un algo misterioso que se escapa a mi comprensión, y que sin embargo me atrae y subyuga.

V. NOELA.—Esas son ilusiones del amor que sueña y pinta las cosas a su querer.

M. FULVIO.—Como quiera que sea, la pasión que por tí siento es tan honda y fervorosa, que no conozco palabras adecuadas para expresártela. Dime pues de una vez si me amas.

V. NOELA.—Yo bien quisiera decirte todo lo que siento acerca del amor que con tanta insistencia me propones; pero hay en ello un grave secreto que no puedo en manera alguna revelarte.

M. FULVIO.—Con las reservas y condiciones que quieras...; lo esencial es que me digas de algún modo si me amas como yo te amo.

V. NOELA.—Es tan difícil y peligroso para mí abordar ese tema, y puede ser de tan fatales consecuencias si llego a extralimitarme, que sólo el pensarlo me hace estremecer.

M. FULVIO.—No sé donde vas a parar con ese preludio siniestro.

V. NOELA.—Grande es mi temeridad al abrirte el corazón; lo comprendo, y a pesar de ello lo haré porque me faltan ya las fuerzas para mantener más tiempo mi justificada reserva.

M. FULVIO, con impaciencia.—Dímelo pronto, que harto me has hecho sufrir.

V. NOELA.—Ya has debido adivinarlo... Te amo también apasionadamente...

M. FULVIO, con alegría.—¿De veras, Noela? ¡Oh, que dicha!

V. NOELA.—¡Ah! Pero ese afecto puro e intenso que hace tiempo me has inspirado me produce dolor y tristeza.

M. FULVIO, sorprendido.—¿Qué has dicho?

V. NOELA.—Que este amor, por desgracia, es un amor que atormenta.

M. FULVIO.—Eso, Noela, no lo entiendo... y aun me parece una paradoja.

V. NOELA.—Lo entenderás si te digo que existe entre los dos un obstáculo insuperable, para que nuestros amores se consagren por los ritos nupciales, como tú deseas y yo también lo hubiera deseado.

M. FULVIO.—¿Qué obstáculo puede oponerse a que consagremos nuestros

amores si así lo queremos los dos? Desde luego te aseguro que por mi parte no hay obstáculo de ningún género, y si lo hubiese estoy dispuesto a todos los sacrificios.

V. NOELA.—¡Todo en vano!

M. FULVIO.—Por tí, amadísima Noela, estoy dispuesto a renunciar a mi carrera y a mi Patria; por tu amor llegaré a prosternarme ante las divinidades celtibéricas que adoras.

V. NOELA. — Todos esos heroicos sacrificios que dices, y que te agradezco con toda la efusión de mi alma, son impotentes para destruir ese obstáculo.

M. FULVIO, después de una breve pausa. — Por mucho que lo pienso no adivino en que puede consistir, tanto que llego a dudar de su existencia.

V. NOELA.—No sólo existe, sino que llegará a malograr nuestros amores apenas comenzados.

M. FULVIO.—Por mi parte ¡jamás! Antes la esclavitud o la muerte. Dime, pues, cual es ese obstáculo, para convencerte que triunfaré de él por formidable que sea.

V. NOELA. — En el obstáculo está precisamente el secreto, y lo más grave del caso es que si te lo revelase no sólo dejarías de amarme, sino que tal vez comenzarías a aborrecerme.

M. FULVIO.—Eso es un enigma torcedor de una crueldad muy ajena a los hermosos sentimientos que abriga tu pecho.

V. NOELA.—Eso sólo prueba que yo tenía mucha razón en resistirme a declararte que te amo; recuerda que me has obligado a ello, y que accedí condicionalmente, confiada en que no me preguntarías más de lo que pudiese decirte.

M. FULVIO.—Algo hubo de eso, pero yo no podía sospechar que se tratase de un misterio tan cruel.

V. NOELA.—Ahora, Fulvio, debes tener valor para conformarte.

M. FULVIO.—Ya comprendes que es imposible que yo pueda conformarme con ese enigma que me desgarra el alma... ¿Es acaso por parte de tu madre el obstáculo?

V. NOELA.—No me interrogues, pues ya te he advertido que no puedo responderte, y más vale que así sea, porque sería grande tu desencanto si lo supieses.

M. FULVIO.—Por grande y triste que sea, lo son más las mordeduras e inquietudes de la duda.

V. NOELA.—Eso no puedo menos de reconocerlo. Pausa. Bien, pues concédeme unos días de plazo para poder decírtelo, sin faltar a una solemne palabra empeñada de no revelarlo a nadie, y sobre todo para revestirme de fortaleza, pues se trata de una cuestión extraordinariamente delicada y árdua.

M. FULVIO. — Cada hora que pase sin conocerlo me parecerá un siglo; mas esperaré resignado con la esperanza de que al fin me lo dirás. ¿Cuántos días poco más o menos habré de esperar?

V. NOELA.—Eso depende de las circunstancias.

M. FULVIO.—¿Otro enigma más?

V. NOELA, escuchando.—Se oyen pasos de personas que se acercan... Mirando hacia la izquierda. Es mi madre que viene acompañada de Herennio el Intendente. Si quieres, salgamos a dar un paseo por el bosque, pues no podemos en manera alguna tratar este asunto en presencia de la Reina.

M. FULVIO.—¡Oh! con inmenso pla-

cer daremos un paseo muy largo por el bosque; mas deseo decir a tu madre que necesito hablarle particularmente sobre un asunto de mucho interés, si es posible esta misma tarde.

V. NOELA.—Entonces esperemos a que llegue.

M. FULVIO.—Confiésame, mientras tanto, que me dejas bajo la opresión de una tortura desesperante.

V. NOELA.—Te he dicho que a pesar de todo te amaba apasionadamente, y creo que eso debe bastarte. ¡Acaso te he dicho demasiado!...

LA REINA y HERENNIO,
por la izquierda.

R. LUPA.—No podemos proseguir la conversación, poco ha interrumpida, porque acaban de pedirme una audiencia que no esperaba, y prefiero despacharla ahora para dedicaros después el resto de la tarde.

M. FULVIO.—Me congratulo de que así sea, pues ahora precisamente habíamos proyectado, Noela y yo, dar un largo paseo por el bosque.

R. LUPA.—Entonces muy bien para todos.

V. NOELA.—Madre, os advierto que Fulvio desea hablaros particularmente antes de regresar a Iria.

M. FULVIO.—Sí, sobre un asunto de bastante interés.

R. LUPA.—Todo cuanto me digáis, lo tendrá siempre para nosotras

M. FULVIO.—Este lo tiene realmente.

R. LUPA.—En ese caso lo dejo todo y podemos hablar ahora mismo.

M. FULVIO.—De ningún modo. Ahora despachad tranquilamente esa audiencia, mientras damos un paseo por el frondoso bosque de la Fortaleza.

R. LUPA.—Como sea más de vuestro agrado.

M. FULVIO.—Ea, Noela, vámonos...

Salen por la derecha, primeramente Fulvio, luego Noela y Arleca.

V. NOELA.—Arleca: síguenos a donde quiera que vayamos, y no nos dejes solos un momento.

LA REINA y HERENNIO.

R. LUPA.—¿Qué nuevas traerán los camaradas de Atanasio y Teodoro que acompañaron a Jacobo, y acaban de regresar de Judea? Parece que vienen tristes y preocupados.

HERENNIO.—Os vendrán anunciar la próxima llegada a vuestros territorios de su Maestro, el cual habrá reanudado la predicación Evangélica por los pueblos costeros.

R. LUPA.—Por una parte deseo la vuelta de Jacobo, y por otra la temo.

HERENNIO.—En efecto: el gran Jacobo ejerce sobre cuantos le aman un atractivo poderoso, y al mismo tiempo infunde un religioso temor.

R. LUPA.—Lo digo porque volverá insistirme en que reciba el bautismo y ya ves que esto es por ahora imposible, dadas las circunstancias críticas que me rodean.

HERENNIO.—El Señor lo dispondrá todo según sus altos designios.

R. LUPA.—Bien, Herennio, dí a los Jacobeos que pasen, pues ya se ha retirado Marco Fulvio.

Sale Herennio por la izquierda.

LA REINA,
sola.

Cuánto más lo pienso más imposible me parece... sobre todo practicar

en público la religión del Divino Nazareno... Sin embargo su dulce imagen, admirablemente bosquejada por el Zebedeo, me persigue, pareciéndome que en todas partes la veo...; y el eco de aquellas sus palabras «¿Qué importa poseer todo el mundo si al fin se pierde el alma?» resuena de continuo a mis oídos... Siento en lo más hondo de mi pecho un lacerante torcedor... ¡Ah!... es el remordimiento de las injusticias y crueldades que cometí... ¡Cosa extraña, pues las tenía olvidadas!... Luego el peso de los años y el desencanto de la vida se acentúan cada día... Sólo soy feliz pensando en Noela, la única hija de mi malograda hija, y en ella he puesto todo el cariño de las dos... ¡Cuánto me preocupa su porvenir!... Ahí están los Jacobeos.

TEODORO, ATANASIO, TORCUATO e INDALECIO, precedidos de HERENNIO, que entran por la izquierda.

R. LUPA. — Sentaos y referidme al punto las nuevas que traéis de Jacobo, pues siento impaciencia por conocerlas. Podéis hablar sin reserva, pues ya he alejado al Tribuno.

TEODORO.—Torcuato, que con Indalecio y otros tres discípulos acompañaron al Maestro a Judea, os lo referirá todo.

TORCUATO.—Tristes y a la vez felices son las nuevas que os traemos del gran Apóstol de Jesucristo.

R. LUPA.—¿Cómo se entiende eso?

TORCUATO. — Tristes, porque ha muerto.

R. LUPA.—¿Ha muerto?... ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Qué triste nueva!

TORCUATO.—Triste para el corazón de cuantos le amamos; felicísima a los ojos de nuestra fe, porque ha obtenido la suprema dicha del martirio, siendo el primero de los Apóstoles que mereció tan alto galardón.

R. LUPA.—¡Ha muerto!... ¡Que desdicha para España y para Galicia!

TORCUATO.—Desde el cielo hará más por el triunfo de la fe de Jesucristo que con su actividad infatigable y su ardorosa palabra.

R. LUPA.—Referidme al punto cómo sucedió, pues creo en el Divino Nazareno y amaba a su Apóstol. ¡Oh, sí! Tanto le desprecié, aborrecí y aun perseguí a los comienzos de su predicación, como después de las cosas extraordinarias que pasaron, le amé, admiré y veneré.

TORCUATO.—Después de haber evangelizado a España durante tres años [1], como sabéis, tornó a Jerusalén, donde le esperaba Pedro el Jerarca de la Iglesia. En Judea volvió a predicar el nombre de Jesús obrando tantas conversiones y milagros que se concitó el odio de la Sinagoga, sobre todo desde el día en que hubo de convertir a los Magos Hermógenes y Fileto, destacados por aquella para destruir los frutos de su predicación. Herodes Agripa para congraciarse con los judíos le condenó a ser decapitado. Cuando le llevaban al suplicio curó a un paralítico, por lo que el escriba Josías, que había de presidir la ejecución, se convirtió dando la vida por Cristo juntamente con el Santo Apóstol.

R. LUPA.—¡Ah! ¡el martirio era lo que él más ambicionaba! ¿Y de su cadáver qué ha sido? ¿Reposa en lugar adecuado?

TORCUATO. — Por designio especial de Dios se halla en tierra de España.

R. LUPA.—¿En España? ¡Cuánto me place!... Pero ¿desde cuándo, cómo, por qué, y quién lo trajo? ¿Vosotros acaso?

TORCUATO.—Dios lo ha querido así. Cuando hace un año nos dirigíamos a Judea, al abandonar las tierras Hispanas el Apóstol se volvió hacia ellas diciendo: «¡Adiós tierra querida de la grande Iberia, donde fructificarán copiosamente las semillas del Evangelio, cuando hayan germinado en el corazón de tus hijos al calor de la divina gracia...! ¡Adiós España, hasta muy pronto, pues luego volveré a tí, vivo o muerto, y en tí reposarán mis huesos, y sobre ellos se levantarán los cimientos de la Iglesia de Cristo, en medio de ese pueblo, al cual la Providencia tiene reservado para grandes destinos!» (2).

R. LUPA.—¡Oh! Proseguid que todo en aquel hombre era extraordinario.

TORCUATO.—Es deseo unánime de los Apóstoles sellar la verdad del Evangelio con el martirio, y que sus huesos reposen en el país principal de su apostolado. Por todo ello no dudamos que nuestro deber era traer a España el cadáver del Protomártir Apostólico.

R. LUPA.—Empeño difícil y costoso, sobre todo para vosotros que sois pobres.

TORCUATO.—Ciertamente, mas la Providencia se encargó de todo. Recogimos el cadáver decapitado y partimos con él para Joppe, donde la piadosa Thabita, Simón el Curtidor y otros cristianos opulentos nos proporcionaron cuantos recursos necesitamos para embalsamarlo, y luego fletar una nave en que conducirlo a España.

R. LUPA.—De este modo aún ofreciendo no pocos riesgos y dificultades el viaje, me parece perfectamente realizable. Yo lo hice casi todo cuando visité Atenas, y en su mayor parte las dos veces que fuí a Roma. ¿Qué ruta habéis seguido?

TORCUATO.—La más breve y fácil bordeando las costas de Egipto, de la Libia y de la Mauritania. Bogando siempre con viento próspero y mar serena no tardamos en ganar las columnas de Hércules, el Promontorio Sagrado y las riberas de Lusitania. Cuando menos lo pensamos, sin haber tenido el menor contratiempo, dábamos vista a las verdes costas y argentadas playas de Galicia, para nosotros tan queridas, y en las cuales habíamos fijado el pensamiento al partir del puerto de Joppe.

R. LUPA.—¿Cuáles fueron los motivos de vuestra feliz determinación?

TORCUATO.—El ser gallegos siete de los discípulos del Santo Apóstol y Galicia la región de España donde mejor fué acogido.

ATANASIO.—Galicia acaso sea hoy el país del mundo pagano donde se halla más difundida la luz del Evangelio.

R. LUPA.—Vuestro acuerdo está perfectamente justificado, y es para mí muy grato. ¿A qué puerto habéis arribado?

TORCUATO.—Ya en las costas de Galicia, la elección no era dudosa; siendo vos Reina y Señora de estos territorios el puerto de Iria era el más indicado.

R. LUPA.—¿Y dónde lo habéis inhumado?

TORCUATO.—El puerto de Iria desviado del mar diez millas favorecía nuestros deseos de no sepultarlo en las cercanías de la costa, siempre expuestas a las irrupciones de aventureros y corsarios, sino más al interior, y en el lu-

gar más seguro posible. Así es que navegamos por la ría hasta la confluencia del Sar y del Ulla, donde se levantan la Torre de Augusto y el Puente de César, y todavía nos internamos una milla más, hasta donde termina el puerto interior de Iria. Allí amarramos la Nave a un pedestal romano que hay en la ribera izquierda del Sar, desembarcamos el santo Cuerpo y lo depositamos en el hueco de una peña que nos deparó la Providencia, ante la cual nos prosternamos entonando un Salmo en acción de gracias.

R. LUPA.—No cabe duda que vuestra audaz odisea no pudo ser más venturosa.

TORCUATO.—Luego nos pusimos al habla con Teodoro y Atanasio, aquí presentes, quienes, como sabéis, habían quedado al frente de la Iglesia de Iria, y después de tomar algún reposo, dejando tres de nuestros compañeros al cuidado del santo Cuerpo, partimos a ponernos bajo vuestra protección en nombre de N. S. Jesucristo y de su amado Apóstol.

R. LUPA.—Decid, pues, cuáles son vuestros deseos, que haré cuanto me sea posible por complaceros.

TEODORO.—Ante todo, Señora, os invitamos a que recibáis el bautismo, para que vos seáis las primicias de las bendiciones que el Señor derramará sobre la tumba del Santo Apóstol.

R. LUPA.—Eso no dejo yo de desearlo; mas por ahora es de todo punto imposible, porque persisten y agravadas las dificultades de gobierno que me impidieron recibirlo hace dos años. Mi soberanía es puramente nominal, pues estoy intervenida política, económica y militarmente por los Romanos. No dispongo de más gente armada que un cuerpo de Guardia para la defensa de esta Fortaleza. Con el menor pretexto seré despojada de todos mis territorios.

TEODORO.—Todo cuanto arriesguéis en esta vida efímera es nada en comparación del Reino de los cielos.

R. LUPA.—Lo sé, pero por ahora ni aún para vuestra causa sería prudente crear un conflicto igualmente peligroso, así por parte de los celtas, cuya religión y tradiciones he jurado un dia defender, como de los poderosos Romanos, pues no ignoráis que el Evangelio condena por igual todas las supersticiones paganas.

ATANASIO.—Reconocemos que vuestra situación es difícil, y pedimos al Señor que os dé luz y fortaleza para protegernos.

R. LUPA.—Mi corazón está con el Divino Nazareno, con su gran Apóstol y con vosotros sus fieles discípulos; lo demostraré cuando llegue el momento favorable.

ATANASIO. — Confiamos en que la Providencia allanará todas las dificultades y dirigirá favorablemente los acontecimientos.

R. LUPA.—Mientras tanto es necesario que mis sentimientos permanezcan absolutamente ignorados. ¿Qué otra cosa deseáis en relación con vuestros designios?

TEODORO.—Que nos facilitéis un carro y dos yuntas de bueyes para conducir el Cuerpo del Maestro al lugar en que haya de sepultarse.

R. LUPA.—Contad desde luego con las dos yuntas y el carro. ¿Qué más?

TEODORO.—Que nos déis una parcela de terreno para inhumar el Cuerpo

del Apóstol y autoricéis con vuestra presencia la ceremonia del sepelio.

R. LUPA.—La parcela de terreno es lo de menos, pero el hecho de concedérosla para ese objeto es peligrosa en estas circunstancias. La propiedad del terreno en el que se verifica un sepelio hace el lugar sagrado e inviolable, según las leyes romanas.

ATANASIO.—Eso es precisamente lo que nosotros deseamos.

R. LUPA.—El caso es, que para ello deben seguirse ciertos trámites legales ante Cayo Filetro, el Sublegado o Gobernador de Galicia en Dugium, y no está en mis manos el dispensaros de ellos, o por lo menos puede ser motivo para un grave disgusto con ese hombre déspota y cruel, con quien nunca pude entenderme cordialmente.

TEODORO.—Considerad ¡oh Reina! que la Providencia os ha elegido para realizar sus designios en favor de la Tumba del Santo Apóstol.

R. LUPA.—Yo os ofrezco desde luego esa parcela de terreno, y cuantos medios materiales os sean necesarios para que déis una honrosa sepultura al cadáver del gran Jacobo Zebedeo; pero no creo necesaria mi intervención personal en ella, ni menos que yo la autorice con mi presencia.

TEODORO.—Mucho agradecemos vuestra protección material, pero ante todo deseamos, por ser más honroso para el Santo Apóstol, que su sepelio se verifique bajo vuestros personales auspicios. ¡Dios os lo demanda!

R. LUPA.—Eso es lo que no veo claro. ¿Podríais vosotros darme pruebas de ello?

TEODORO. — Nosotros, miserables hombrecillos nada podemos; mas con la gracia de N. S. Jesucristo y la intercesión de su amado Apóstol, os convenceremos sin duda de que vos y nosotros somos en esta ocasión instrumentos de los designios del cielo. ¿Qué pruebas queréis?

R. LUPA.—Solamente deseo que dos de vosotros vayáis a Dugium para solicitar de Cayo Filetro el permiso del sepelio, sin tomar mi nombre para nada; y otros dos al monte Ilicino, donde pastan libremente mis ganados, y toméis las dos yuntas de toros, para el carro que haya de conducir el cadáver.

ATANASIO. — Conformes con vuestros mandatos procuraremos satisfacerlos.

R. LUPA.— Os prevengo que en el monte abundan serpientes malignas, que los toros son bravos y están bajo la custodia de los Druidas, que allí celebran sus ritos sagrados. Se levanta. Pero más peligroso que los toros, las serpientes y los Druidas, es el cruel Filetro.

TEODORO. — Cualquiera que sea el resultado de nuestra peligrosa misión, dentro de breves días vendremos a daros cuenta de ella.

ATANASIO.—En el nombre del Señor procedamos en paz.

Se van por la izquierda.

LA REINA y HERENNIO.

R. LUPA.—He aquí la primera consecuencia de la muerte de Jacobo.

HERENNIO.—¡Gloriosa muerte digna de tan grande Apóstol!

R. LUPA.—¿Qué te parece de la grave situación que me crean sus discípulos? ¿Tú en mi lugar qué harías?

HERENNIO.—Acceder sin la menor duda a todos sus deseos.

R. LUPA.—Pronto lo has dicho. No te das cuenta de las complicaciones que puede traer este peligroso asunto.

HERENNIO.—Me doy cuenta de todo y aún así no les hubiera sometido a esas tremendas pruebas.

R. LUPA.—Con ello no he hecho más que cerciorarme si debo tomar parte activa y directa en semejante empresa; lo cual dudo mucho que sea necesario.

HERENNIO.—La lealtad con que siempre os he aconsejado, me permiten deciros que en este caso no puedo aplaudir vuestra conducta.

R. LUPA.—¿En qué te fundas para decirlo?

HERENNIO. — En que, sin ser esa vuestra intención, al someterlos a semejantes pruebas, les exponéis sencillamente a perecer a manos del cruel Filetro, que les considera un grave peligro para la religión del Imperio, y de los Druidas que son sus declarados enemigos.

R. LUPA.—Yo creo sin embargo haber obrado prudentemente, no accediendo desde luego a todo lo que me propusieron.

HERENNIO. — Lo creeis así porque vuestra fe es todavía vacilante, y confiáis más en la prudencia humana que en la Providencia que viste los lirios del campo y alimenta a los pájaros.

R. LUPA.—Como quiera que sea ahora debemos esperar el resultado de los acontecimientos.

HERENNIO.—Podéis tener seguridad de que serán absolutamente favorables a los Jacobeos, pues no cabe la menor duda de que Dios está con ellos.

R. LUPA.—Bien, Herennio, avisa a Marco Fulvio que seguramente estará ya aguardando. Dile que le espero y tú no le acompañes, pues desea hablarme sobre un asunto reservado. Mientras tanto manda formar la guardia para que al salir el Tribuno se le rindan los honores de costumbre.

HERENNIO.—Así lo haré.

Sale por la derecha.

LA REINA,
pensativa.

¿Qué asuntos serán esos tan graves y reservados de que va a hablarme Marco Fulvio?... ¿Tendrá alguno de ellos relación con los Jacobeos?... No es probable, ni se habrá dado cuenta de su presencia en la Fortaleza, ni parece preocuparse más que de los asuntos militares. ¿Será de sus pretensiones amorosas con mi hija?... Tampoco, porque todavía no debe de estar de acuerdo con ella, ni es posible que llegue a estarlo. ¿Algún decreto imperial acerca del régimen tributario de las provincias, que se le habrá ocurrido un día de mal humor al César, amo del mundo?... Pronto saldré de dudas porque ya se acerca el Tribuno.

LA REINA y MARCO FULVIO,
que entra por la derecha.

R. LUPA.—He tenido que detenerme mucho más de lo que esperaba. Perdonadme.

M. FULVIO. — Nada tengo que perdonaros sino agradeceros, pues me habéis proporcionado ocasión de dar un largo paseo con Noela por el bosque de la Fortaleza; hemos llegado hasta el río.

R. LUPA.—Lo celebro... Ahora, Marco Fulvio, podéis hablarme cuanto tengáis por conveniente.

M. FULVIO.—Hoy ya no puede ser,

pues es tarde, y deseo partir para Iria antes de que el sol se acueste en el ocaso, y lo que quiero deciros no urge, aunque es de alguna importancia.

R. LUPA.—¿De importancia decís? ¿Pues entonces por qué no ahora?

M. FULVIO.—Porque son dos cosas que requieren algún espacio y quietud, y ahora no lo tenemos.

R. LUPA.—Os confieso, Fulvio, que me dejáis intrigada y algo intranquila hasta que sepa de que se trata. ¡Dos asuntos nada menos, graves y reservados!...

M. FULVIO.—Dos asuntos nada menos; de uno, sin embargo, no tengo hoy más que vagos informes, y así hasta para vos es más conveniente que pasen unos días, durante los cuales podré esclarecerlo y ver el rumbo que toma.

R. LUPA.—Eso quiere decir que no volveréis a Castro Vecario hasta unos días.

M. FULVIO.—Así es. Mañana debo emprender una excursión militar con los Legionarios que apenas durará una semana; pero al otro día de mi regreso, vendré a pasar la tarde con vosotras, lo cual no ignoráis constituye para mí una fiesta.

R. LUPA.—Que esa excursión os sea favorable por todos conceptos, y regreséis cuanto antes os sea posible.

M. FULVIO.—En Iria quedará un destacamento sobre las armas, como de costumbre, al mando de mi lugar-teniente Lucio Vero; de suerte que si algo os ocurriese no tenéis más que avisarle, y al momento los Legionarios romanos volarán a ponerse bajo vuestras órdenes.

R. LUPA.—Esas seguridades me hacen pensar que de algo muy grave se trata.

M. FULVIO.—Si hubiese de por medio algún peligro inminente para vos, no hubiese abandonado mañana mi puesto. Cuando me voy tranquilamente unos días es prueba de que en la actualidad no ocurre nada grave. Dirigiéndose los dos hacia la izquierda por donde van a salir. Lo que acabo de advertiros os lo he dicho ya cuando tuve que ausentarme en otra ocasión no lejana, y ya veis que nada ha ocurrido.

R. LUPA.—De todos modos espero con gran inquietud vuestro regreso.

M. FULVIO.—Volveré lo antes posible y os aseguro que podéis tranquilizaros.

Salen los dos.

NOELA y ARLECA,
por la derecha.

ARLECA, adelantándose hacia el lugar por donde se han retirado la Reina y M. Fulvio y observando unos instantes los movimientos de éstos. — Van departiendo amistosamente... Pausa. Amio se les acerca llevando de las bridas el caballo del Tribuno... Otra pausa. Este parece que trata ya de despedirse...

V. NOELA.—¿Tan pronto? Me sorprende que hayan terminado ya de hablar de ese asunto tan reservado e interesante, que me ha preocupado toda la tarde. ¿De qué se tratará?

ARLECA.—Se me ocurre que el Tribuno hablaría a vuestra madre de la pasión que siente por vos.

V. NOELA. — Eso no, porque antes tenemos los dos que ponernos de acuerdo.

ARLECA. — Pero será precisamente para que ella intervenga y por su mediación lleguéis a entenderos.

V. NOELA.—No; ese paso no podía

Fulvio darlo razonablemente sin habérmelo anunciado.

ARLECA.—Mas como se trata de un caso especial... Pronto lo sabréis, pues la Reina os lo dirá todo al momento sin ocultaros nada.

V. NOELA. —¡Cuántas dudas e inquietudes me agitan!... Tengo tristes presentimientos de que algo grave se cierne sobre nosotros.

ARLECA.—No penséis en semejante cosa que no tiene el menor fundamento; pensad en que si habéis de despedir al Tribuno desde la terraza de la muralla, como de costumbre, debemos ir a ella para no hacerle esperar.

V. NOELA.—Tengo tan pocas ganas de hacerle hoy ese cumplimiento...

ARLECA.—¿Por qué?

V. NOELA. — Porque me pedirá de nuevo que le prometa decírselo todo la primera vez que vuelva, y cuanto más lo pienso, me hallo más perpleja...

ARLECA.—Esa es vuestra vardadera preocupación, no la que decíais hace un momento.

V. NOELA.—El caso es que de un modo o de otro tengo que decírselo dentro de unos días. ¿Qué me aconsejas, Arleca?

ARLECA.—¿Le amáis de verdad, como yo pienso?

V. NOELA. —No sé en qué medida porque hasta ahora sólo había amado a la Reina, mi madre, a Herennio y a tí, que sois tan leales servidores; lo que puedo decirte es que le amo todo cuanto sé y puedo amar.

ARLECA. — Entonces exponedle noblemente vuestra situación.

V. NOELA.—¿Y cómo hacerlo sin faltar a la solemne promesa que hemos hecho a la Reina, de no revelar a nadie bajo ningún pretexto las circunstancias en que nos encontramos?

ARLECA. — Eso se arregla persuadiendo a la Reina de que es forzoso de que Marco Fulvio lo sepa todo.

V. NOELA.—Difícil persuasión, pues la Reina cree como yo que jamás Fulvio podrá ser mi esposo, a causa del insuperable obstáculo que se interpone entre los dos, y que sería muy peligroso confiarse a él en este particular, pues defiende con tanto ardor y entusiasmo los intereses de su Patria.

ARLECA.—Yo pienso que no ocurrirá nada aunque llegue a enterarse de lo que pasa, pues os ama con pasión y os está tan sumiso como un esclavo.

V. NOELA. — No lo creas, Arleca; Fulvio es ante todo y sobre todo un fervoroso romano. Pero supongamos que convenzo a mi madre de la precisión en que me encuentro de decírselo todo al Tribuno. ¿Crees posible que éste pueda transigir conmigo, y que nuestros amores puedan tener un feliz desenlace?

ARLECA.—Eso, con sinceridad os lo confieso, muy difícilmente se puede esperar.

V. NOELA. — Así lo creo yo sin la menor duda, y en ello está precisamente mi perplejidad. ¿Qué hacer?

ARLECA. — Entonces no os queda otro recurso que ahogar ese amor apenas nacido y obrar en consecuencia.

V. NOELA.—¡Oh! eso de ningún modo. También podía traer indirectamente graves consecuencias para nosotras... y aunque así no fuese me faltaría valor para romper con él, pues ya te he dicho cuánto le amo.

ARLECA.—Cualquiera que sea vuestra resolución, ahora debéis ir a despe-

dirle desde la terraza, pues estará haciendo guardia de a caballo al pie de la muralla.

V. NOELA, pensativa y ensimismada nada responde.

ARLECA, después de una breve pausa.—¿Es que habéis decidido por fin no ir a despedirle?

V. NOELA, como distraída.—¿Qué has dicho?... Vuelve a quedar pensativa oprimiendo la cabeza con las manos.

ARLECA.—Que si habéis decidido no despedir hoy al Tribuno, iré yo a disculparos.

V. NOELA, después de unos momentos de silencio vuelve en sí rebosando alegría. —Arleca: acaba de cruzar por mi mente una idea felicísima acerca de lo que debo hacer.

ARLECA.—¿Qué es ella?

V. NOELA. — Una ráfaga de luz que ha iluminado mi camino en la oscuridad, serenado mi espíritu perplejo con tan graves dudas, e inundado mi corazón de alegría y de esperanza.

ARLECA, suplicante.—Por favor, decidme qué es.

V. NOELA.—Una solución tan preciosa que ya no vacilaré en arriesgarlo todo, incluso la vida, por seguirla y abrazarla.

ARLECA.—¿La solución de vuestro conflicto?

V. NOELA.—Creo firmemente que lo será, de un modo o de otro.

ARLECA. — Entonces corramos a la terraza, pues ya podéis prometer a Fulvio decírselo todo en la primera entrevista.

V. NOELA.—Vamos, pues, a despedirle; lo haré con mayor cordialidad que nunca, mas nada pienso prometerle en ese sentido.

ARLECA.—Eso quiere decir que todavía vaciláis.

V. NOELA.—No es que vacile; es que si le hiciese hoy semejante promesa sería muy capaz de abandonar o suspender la excursión que piensa hacer con los Legionarios y venir mañana mismo, y eso no me conviene, pues necesito prepararme para llevar a cabo mi temerario proyecto.

ARLECA.—Contad conmigo para todo... Si de mi vida dependiese el éxito podíais darlo por descontado.

V. NOELA, abrazando a Arleca.—Gracias, Arleca... Ya sé que por mí serías capaz de un acto heroico, mas el resultado de lo que me propongo hacer no depende en definitiva de nuestros esfuerzos.

Se van por el fondo.

TELÓN

Vista panorámica de Padrón desde las orillas del Sar. En la iglesia de Santiago, a cuatro metros del río, a la altura señalada (X) y bajo el altar mayor se halla el pedestal romano donde, según la tradición, los Discípulos del Apóstol amarraron la nave en que trasladaron su Cuerpo desde Joppe.

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ANTERIOR

LA REINA, sentada, y entrando TEODORO, INDALECIO, ATANASIO y TORCUATO.

TEODORO. — La paz del Señor sea con vos.

R. LUPA.—Ella venga con vosotros. Sentaos y dadme cuenta sin tardanza de vuestras gestiones que me tienen harto preocupada. Vos, Teodoro e Indalecio ¿qué habéis conseguido de Cayo Filetro? ¿Os ha concedido el permiso del sepelio?

TEODORO.—Tan lejos de eso...; nos sometió a un duro interrogatorio y no debió quedar satisfecho de nosotros, porque nos mandó encerrar en un inmundo calabozo.

R. LUPA.—¡Injusto proceder! Ya os he dicho que era hombre déspota y cruel... Mas como veis ya no es posible que yo me atreva a resolver este asunto, pues valdría tanto como desafiar el poder del Gobernador romano.

TEODORO.—Si tal es la voluntad del Señor, sufriremos resignados la dolorosa prueba de que los restos mortales del Santo Apóstol no reposen en Galicia hasta el fin de los siglos.

ATANASIO.—Entonces retornaremos con ellos en la misma nave, que con tal previsión la hemos retenido, para darles adecuada sepultura en las riberas del Ebro junto al Pilar de Zaragoza.

R. LUPA.—Esto no quiere decir que me niegue a proporcionaros cuantos medios necesitéis para que el cadáver del gran Jacobo tenga aquí una honrosa sepultura, según os he ofrecido; lo que deseo es no intervenir personalmente en este asunto por las graves consecuencias que pueden sobrevenirme, así de parte de los Romanos como de los Celtas. Mas ¿cómo al fin os puso en libertad?

TEODORO. — Nosotros, Señora, no podemos asegurar que nos haya libertado un ángel, como a Simón Pedro encarcelado por orden del Agripa; pero es lo cierto que cuando menos lo pensamos estábamos caminando por la vía que cruza el Puente de Nicraria. Aun no bien habíamos pasado el Támara, cuando vimos que un grupo de jinetes romanos, lanza en ristre, al galope venía persiguiéndonos... Entonces nos arrodillamos para recibir la muerte allí mismo, con los brazos abiertos, como Esteban, cuando de improviso sentimos el estruendo de un derrumbamiento: era el puente que al ser cruzado por los lanceros romanos se hundía con estrépito.

R. LUPA.—¡Pero si todo eso ha sido un milagro infinitamente mayor que si hubiéseis conseguido vuestros deseos!...

TEODORO. — La destrucción de ese soberbio puente atestigua la verdad de nuestro relato.

R. LUPA.—No me ofrece la menor duda, pues os veo aquí después de haber estado entre las manos del cruel Filetro... Ahora, Atanasio, referidme el resultado de vuestro viaje.

ATANASIO.—Los Druídas de Aseconia nos recibieron hostilmente, insultándonos y apedreándonos, mas invocamos el santo nombre de Jesús y las piedras se quedaron en sus manos, y los insultos en sus gargantas.

R. LUPA.—¡Qué admirable virtud tiene ese augusto nombre!

ATANASIO. — Luego libres de todo impedimento procedimos a la elección de las yuntas de toros, que nos obedecieron como mansos corderos.

R. LUPA. — ¡Maravilloso, maravilloso!... ¿Y las serpientes peligrosas que pueblan el bosque no os dañaron?

ATANASIO.—Algunas vinieron a nosotros silbando siniestras, mas hacíamos la señal de la cruz y al instante caían muertas a nuestros pies.

R. LUPA. — Estoy verdaderamente maravillada de la grandeza del poder divino que os asiste; me rindo a la evidencia y accedo desde luego a todos vuestros deseos.

TEODORO. — Jesucristo os premiará con divina largueza cuanto hagáis en honra y servicio de su amado Apóstol.

R. LUPA.—Estoy persuadida ya de que es un deber que Dios me impone. Haré, pues, cuanto sea preciso. Creo sin embargo que, a ser posible, debemos llevar a cabo esta misión dentro de la más absoluta reserva.

ATANASIO.—Así conviene a todos, y esos son por lo tanto nuestros deseos.

R. LUPA.—¿Cómo, pues, cumpliremos ese deber, desde ahora sagrado para mí no menos que para vosotros?

TEODORO. — Pondremos el santo Cuerpo en el carro que nos prometísteis, tirado por las dos yuntas de toros que nos habéis dado, y lo conduciremos al lugar que os dignéis designarnos.

R. LUPA.—¿Qué lugar preferís entre mis vastas posesiones?

TEODORO. — Uno que se halle más interior, y no lejos de aquí para que la sepultura quede bajo vuestra salvaguardia.

R. LUPA.—Entonces, en el extremo oriental del bosque de Amaea, a doce millas de aquí, hacia el norte, entre el Sar y el Sarela.

TEODORO.—Ese es el más indicado.

ATANASIO.—Lo conocemos y no es posible encontrar otro más a propósito.

R. LUPA.—Siendo así, solamente necesito advertiros que hagáis el camino de noche, de suerte que a la amanecida os halléis en el puente de la calzada romana próximo a la confluencia de dichos ríos; y luego proseguís aquella vía hasta llegar a una fuente que hay a orillas de la misma, a la caída del Libredón [3]. Esperadme allí. Antes de nacer el sol partiré con Noela, con Herennio, mi Intendente y Arleca, la esclava predilecta de mi hija. En cuanto nos reunamos designaremos el lugar del sepelio, y lo llevaremos a cabo con la escasa solemnidad que consienten las circunstancias.

TEODORO.—Todo eso está admirablemente dispuesto, y así lo haremos con la puntualidad a que estamos obligados. ¿Qué día?

HERENNIO, que entra por la izquierda con

una tablilla pequeña encerrada en una funda de tela.— Señora: Marco Fulvio acaba de llegar y desea hablar con vos antes de ver a Noela. Además os han traído esa misiva. Le da la tablilla que la Reina recoge y guarda sin leer.

R. LUPA. — ¿Marco Fulvio a estas horas? No lo esperaba, pues no suele venir por las mañanas. Bien; entretenle unos momentos y luego que pase.

Herennio sale por la izquierda, la Reina se levanta, en vista de lo cual lo hacen también los Jacobeos.

R. LUPA.—En cuanto al día de la traslación del cadáver de Jacobo al lugar y en la forma convenidas, no podrá ser, por varias razones, hasta pasados unos días. Pausa. ¿Os parece bien que sea el 24 del presente mes de Julio?

TEODORO. — Cualquier día que vos designéis será de nuestro agrado.

R. LUPA —Pues entonces a la media noche de ese día partiréis de Iria.

TEODORO.—Como lo disponéis así lo haremos.

R. LUPA.— Claro está que todo esto es en el caso de no sobrevenir algún inconveniente grave, que nos obligue a modificar nuestros proyectos; si desgraciadamente ocurriese os lo haría saber.

TORCUATO.—Dios está con nosotros y no pasará nada.

TEODORO.—Así lo esperamos.

R. LUPA.—Ahora salid por la derecha y tomad la dirección de la puerta de la Aguada, para que el Tribuno no se dé cuenta de vuestra presencia, ni sospeche de nuestros planes. Estamos en excelentes relaciones, pero es prudente no fiarse de él en asuntos de esta índole.

ATANASIO.—La paz del Señor quede con vos.

Se van por la derecha.

LA REINA,
sola.

A poco nos sorprende el Romano planeando esta temeraria empresa, a la cual voy sin darme cuenta cabal de las graves consecuencias que puede traerme... impulsada no sólo por el victorioso resultado de las pruebas a que he sometido a los Jacobeos, sino también por una fuerza invisible y misteriosa que de tal manera me arrastra, que en vano pretendería oponerme a ella... Grave y audaz es, pero si Dios es quien la dispone y ordena, debo esperar que nos proteja. Mas veamos que misiva es esta tan inesperada. Saca la tablilla que le ha dado Herennio y lee: «Atiamoe Tatelumpsa, Reina. Salud. Si por ventura pasasen por Castro Vecario dos sujetos sospechosos llamados Teodoro e Indalecio, detenedlos y enviádmelos encadenados. Valete. Cayo Filetro». ¡Primera complicación!... Siente los pasos de M. Fulvio y guarda la misiva. ¡No la esperaba tan pronto!...

LA REINA y MARCO FULVIO.

M. FULVIO, entrando por la izquierda y saludando con los brazos extendidos. — Salve Reina.

R. LUPA. — Bien venido seáis, Marco Fulvio; habéis cumplido vuestra palabra...

M. FULVIO. — He abreviado un día el plazo convenido. Regresé ayer noche y me apresuré a venir.

R. LUPA.—Gracias; os esperaba más bien a la tarde, como soléis hacerlo, y me indicásteis el otro día al despediros.

M. FULVIO.—Si os contraría mi llegada ahora, por alguna ocupación, me retiro, y luego hablaremos, porque hoy tengo todo el día por delante.

R. LUPA.—Me han anunciado para hoy una importante embajada, mas os ruego me digáis, al menos en resumen, sin perjuicio de ampliarlo después, esas dos cosas importantes que me habéis anunciado, porque no tengo por qué ocultaros que siento gran impaciencia por saberlas... Sentaos.

M. FULVIO, sentándose. — Con gran placer. Lo primero que debo deciros es que, por confidencias muy seguras y bien pagadas, sé que se trama una conspiración para destronaros y quitaros la vida.

R. LUPA.—¡Qué infamia! ¿Serán sin duda los Druídas los autores de esos proyectos siniestros?

M. FULVIO.—Los mismos.

R. LUPA.—Pues celebro saberlo, porque para hoy a la mañana me han anunciado una embajada, y es seguro que estará relacionada con sus pérfidos designios.

M. FULVIO.—Sin duda; mas no temáis, pues están a vuestro lado los Legionarios romanos... Nada ocurrirá, pero si algo ocurriese, al menor síntoma de sublevación me avisáis por una posta volante, y al momento vengo yo con mi gente a socorreros y ahogar en sangre a los sublevados.

R. LUPA.—En vos confío...

M. FULVIO.—Y podéis confiar, porque en este caso están de acuerdo los sentimientos de mi personal amistad y mis deberes de soldado romano, pues tengo órdenes terminantes de apoyaros mientras os halléis al corriente en las cuentas de tributos con el Cuestor y vayáis en todo de acuerdo con Cayo Filetro, el Sub-Prefecto...

R. LUPA.—Así lo haré, porque estoy bien persuadida de las ventajas que nos reporta la dominación romana; hallándome además muy reconocida a los buenos servicios de vuestra personal amistad.

M. FULVIO.—Recibid a los Druídas como si nada supiéseis, aprovechándoos de cuanto os digan, y ocultando cuidadosamente que sois sabedora de los infames proyectos que acarician.

R. LUPA.—Esa y no otra debe ser mi conducta; luego os comunicaré mis impresiones acerca de embajada tan sospechosa.

M. FULVIO.—Sin embargo por ella se desprende que sus planes encuentran obstáculos insuperables, que están en período de gestación o que todavía no son cosa resuelta.

R. LUPA.—Ya en la última entrevista me advertíais que no se trataba de un peligro inminente.

M. FULVIO.—Esa era en efecto mi opinión, y desde entonces no he vuelto a tener más noticias.

R. LUPA.—¿Cuál es la otra cosa que habéis prometido decirme? La espero también con ansiedad.

M. FULVIO.—Esa otra cosa es mía personalísima, aunque está íntimamente relacionada con vos... Amo a vuestra hija.

R. LUPA.—He llegado a sospechar que algo ocurría entre los dos.

M. FULVIO.—La amo con pasión; la amo para hacerla mi esposa. ¿Os place?

R. LUPA.—En gran manera, pues no desconozco el abolengo de vuestra ilustre familia y su influencia en la Corte imperial, vuestro valor guerrero y otras

prendas personales, que a la vista están.

M. FULVIO.—Nunca podré agradeceros bastante este *placet* que me colma de dicha y de honor.

R. LUPA.—El honor será principalmente para nosotras. Pero para que nuestros deseos puedan realizarse es necesario contar con dos cosas: la voluntad de Noela, que todavía no sé como piensa acerca de este particular, y las leyes romanas que, si mal no tengo entendido, os prohiben el casamiento con extranjeras.

M. FULVIO.—Las leyes romanas dificultan los matrimonios con extranjeras, mas no los prohiben. Allanar esa dificultad corre de mi cuenta. Aquí lo esencial es el querer de vuestra hija.

R. LUPA, escuchando.—Ahí está; siento que llega.

VIRIAMO NOELA,
que entra por la derecha.

M. FULVIO.—¡Noela!

V. NOELA.—¡Fulvio! Acaban de decirme que has llegado y vengo a saludarte tan solo, pues supongo que estaréis tratando los asuntos graves y reservados que anunciaste la otra tarde, y me retiro al momento... Proseguid que ya os dejo. Hace ademán de retirarse.

R. LUPA.—No, hija, no te marches pues ya hemos terminado.

M. FULVIO.—Y aunque así no fuese, para tí no puede haber secretos y ya lo sabrás todo oportunamente.

V. NOELA.—¿De modo que reconoces que el comunicar secretos entra de un modo especial en la jurisdicción de la oportunidad?

M. FULVIO.—Comprendo la alusión, pero mi caso es diferente del tuyo como luego voy a demostrarte.

R. LUPA.—Me place que tengáis que hablar, pues es necesaria mi presencia fuera de aquí por unos momentos, y cuando haya terminado volveremos a reanudar nuestro diálogo.

V. NOELA.—No os deis prisa en volver, madre, que hoy Fulvio nos acompañará a la cena (4).

R. LUPA.—Eso es cosa obligada las pocas veces que nos visita a estas horas.

M. FULVIO.—¡Grata obligación!

R. LUPA.—Pues lo dicho.

Se va por la izquierda.

MARCO FULVIO y VIRIAMO NOELA.

M. FULVIO. — Vaya, Noela, vengo dispuesto a no marcharme hoy de Castro Vecario, sin que me digas cual es ese terrible obstáculo que impide la consagración de nuestros amores.

V. NOELA. — Sí, Fulvio, estoy resuelta a decírtelo, pues reconozco que por grande que sea el desencanto y la sorpresa que vas a sufrir conmigo, peor será la tortura de la duda.

M. FULVIO. — Así es, amadísima Noela.

V. NOELA.—¿Me prometes solemnemente guardar el más riguroso secreto, y conducirte con mi madre como si nada supieses?

M. FULVIO.—Te lo juro por los dioses inmortales y por los sagrados Penates de mi familia y de mi Patria.

V. NOELA. — ¿Cuánto tiempo llevas en Iria?

M. FULVIO.—Menos de un año.

V. NOELA.—Entonces no conociste a un hombre extraordinario, enviado

del cielo, que recorrió Galicia y España predicando una religión enteramente nueva, y se llamaba Jacobo Zebedeo.

M. FULVIO.—No pude conocerle, mas he oído hablar mucho de él y de la absurda religión que adora a un aventurero Galileo, puesto en una cruz por Poncio Pilato, Gobernador de Judea, por haber tenido la osadía de conspirar contra el César. Pausa. Semejante creencia es la cosa más estúpida que se ha podido imaginar, pero como no hay aberración por descabellada que sea, que no tenga adeptos, tampoco ésta deja de tenerlos.

V. NOELA.—Pues has de saber, Fulvio, aunque te asombre, que yo felizmente me cuento en el número de los adeptos de esa religión que adora al Divino Nazareno, a quien la perfidia Judaica dió muerte en tan infame suplicio.

M. FULVIO, con gesto de gran contrariedad y asombro.—¡Qué es lo que oigo!... Noela, eso no puedo creerlo... Tendrías que estar loca para aceptar tan absurda patraña... ¡Eso es imposible!

V. NOELA.—Y tan posible que no hay corazón noble y recto que no se rinda al ascendiente poderoso y suave de la doctrina de Jesús, que así se llama el Nazareno crucificado.

M. FULVIO.—¡Qué extraño desvarío en tí, siendo como eres una joven tan instruída y discreta!

V. NOELA.—Y tú te rendirías también si llegases a conocer esa Religión adorable, que no puede menos de amarse cuando se conoce bien.

M. FULVIO.—¡Qué dolor, Noela, verte víctima de ese fanatismo de tan baja ralea, solamente propio de esclavos!

V. NOELA.—¡Oh si tú la conocieses!...

M. FULVIO.—Pues ya que tanto empeño tienes en que la conozca, explícamela tú misma; pero estoy seguro que no te atreverás a explicármela.

V. NOELA.—No por cierto, porque mis pobres labios no harían más que balbucear tan augustos y adorables Misterios. Pero si deseas conocerla yo te recomendaré a Teodoro, uno de nuestros sacerdotes, a quien conocerás de vista, pues reside en Iria, y te instruirá con una sencillez y una elocuencia encantadoras.

M. FULVIO.—¡Qué obcecación!... ¡Pobre Noela!...

V. NOELA.—Con instruirte nada perderías, y al menos podrías aborrecer con conocimiento de causa.

M. FULVIO.—Si me instruyese en tan burda e insensata creencia, sería para refutarla, y persuadirte de que debes abandonarla como una sugestión indigna de tí y sumamente peligrosa.

V. NOELA.—Difícil me parece que lo consiguieses, pues quiero que sepas, Fulvio, que esas creencias las tengo tan arraigadas en el fondo de mi pecho, y me siento tan feliz en practicarlas, que estoy dispuesta en todo momento a sufrir la muerte por confesarlas y defenderlas.

M. FULVIO.—La firmeza de tus palabras me desconcierta sin saber que pensar... Mas ya que no eres capaz de explicarme esos extraños desvaríos, explícame al menos, como tú, siendo tan discreta en todo lo demás, has podido caer en ellos.

V. NOELA.—Pues como te iba diciendo, aquel hombre extraordinario, Jacobo Zebedeo, que trajo a estos territo-

rios la divina luz del Evangelio de Cristo, vino también a nosotros. ¡Oh! si tú hubieras sentido el poder de su fervorosa elocuencia y el eco vibrante de sus palabras; si tú hubieras visto el don maravilloso que tenía para curar las más graves dolencias y obrar toda suerte de prodigios... hubieses creído como creímos Herennio, el Intendente; Arleca, mi esclava y yo. Pausa. Creímos, y nos bautizamos, pero en secreto porque mi madre rechazó al enviado de Jesucristo y le amenazó con la muerte si volvía a comparecer delante de nosotras.

M. FULVIO. — ¡Sabia conducta, viril energía! Prosigue.

V. NOELA. — Poco después, habiendo yo caído enferma de gravedad, cuando se había perdido la esperanza en todos los remedios humanos, mi propia madre envió a buscar al Taumaturgo para que me arrancase de las garras de la muerte. Cuando llegó ocho días después, yo había perdido el uso de la razón y de los sentidos. Jacobo puso su diestra sobre mi frente, invocó el santo nombre de Jesús, y al momento recobré el sentido, la salud y puede decirse que la vida.

M. FULVIO. — Hay que reconocer que esos orientales son maestros consumados en las artes de la magia, desde los tiempos más remotos.

V. NOELA.—Entonces mi madre también creyó en la divinidad de Aquél ante cuyo nombre adorable huye el dolor y retrocede la muerte. Pausa. Teodoro y Atanasio vinieron varios días a instruirla, pero se negó tenazmente a recibir el santo bautismo con la excusa de las circunstancias que nos rodean. Desde entonces, sin embargo, nos permitió a los tres practicar el culto cristiano y recibir sus sagrados Misterios, aunque tan sólo en el secreto del hogar, y con la prohibición absoluta de no revelarlo a nadie bajo ningún pretexto.

M. FULVIO. — Ahora comprendo tu obstinada e impenetrable reserva.

V. NOELA.—En el secreto estaba el obstáculo... ¿lo ves?...

M. FULVIO.—De tu madre llegué a sospechar que tenía concumitancias con los Jacobeos; mas ¡qué lejos estaba de suponer esa debilidad en tí! ¡Qué ajeno de pensar que por ese lado viniese el conflicto!

V. NOELA.—¡Pues ya ves si es grave e insuperable!

M. FULVIO.—Hubiese preferido verte convertida en una vil esclava, antes que creyente del Galileo crucificado; mas es tanto lo que te amo que, aún persuadido de que has abrazado una creencia estúpida y peligrosa, no puedo dejar de amarte.

V. NOELA.—¿No decías hace seis días solamente, que por mí estabas dispuesto a prosternarte ante las divinidades celtibéricas, creyendo que yo las adoraba?

M. FULVIO.—Ante éstas sí, pues no es difícil descubrir cierta semejanza esencial con las divinidades romanas; pero que un Tribuno militar se postre ante un oscuro galileo, súbdito del Imperio, que por sedicioso fué clavado en un madero... ¡eso jamás!

V. NOELA.—Blasfemas de lo que ignoras... ¡Yo bien te decía que tu amor llegaría a trocarse en odio, o desprecio cuando menos!

M. FULVIO.—El desprecio lo reservo únicamente para la absurda demencia religiosa, que en mal hora se apo-

deró de tu noble espíritu; el amor inmenso, hondísimo, que has sabido inspirarme, es indestructible y sagrado.

V. NOELA.—Yo, a pesar de esos sentimientos hostiles que se agitan en tu pecho contra mis santas creencias, tampoco puedo dejar de amarte. Es más, aunque quisiese no podría conseguirlo, porque mi amor está purificado y enardecido por la caridad de Cristo, que me impulsa a quererte de todos modos, a rogar por tí aunque llegases a ser mi verdugo, y a sacrificarme para conseguir la salvación de tu alma aun a costa de mi propia vida.

M. FULVIO.—He de confesarte que no entiendo una palabra de esas extrañas lucubraciones expresadas en tan enigmático lenguaje; sólo a través de ellas adivino la grandeza de tu espíritu víctima de lamentables sugestiones.

V. NOELA.—Bien, Fulvio, voy a pedirte una gracia que puedes concederme sin lastimar tu romana altivez.

M. FULVIO.—¿Qué deseas de mí? ¿Qué puedo hacer por complacerte?

V. NOELA.—Ya te lo he insinuado: que oigas a Teodoro acerca de nuestra Religión.

M. FULVIO.—Antes quisiera atravesar las peligrosas aguas del Leteo o las Horcas Caudinas, que someterme a semejante prueba.

V. NOELA.—Comprendo el sacrificio que eso representa para tí, pero es necesario.

M. FULVIO.—¿Necesario para qué?

V. NOELA.—Para solucionar de un modo o de otro nuestro conflicto.

M. FULVIO.—¿Lo has pensado bien? ¿Has pensado que será de todo punto inútil y tal vez contraproducente?

V. NOELA. — Lo he pensado bien y acepto todas sus consecuencias.

M. FULVIO. — ¿Es condición indispensable para que me ames?

V. NOELA. — Te lo pido con tanto afán precisamente porque te amo.

M. FULVIO.—¿Limitarás tus exigencias sobre este particular a que oiga dos o tres veces a ese tal Teodoro?

V. NOELA.—Eso y nada más que eso es cuanto deseo de tí... Luego...

M. FULVIO. — ¿Luego qué?

V. NOELA.—Lo que iba a decirte te parecería un nuevo enigma.

M. FULVIO.—Dímelo, aunque lo sea.

V. NOELA.—Luego la gracia de Jesucristo tal vez hará lo demás.

M. FULVIO.—En efecto, eso que has dicho es para mí completamente indescifrable.

V. NOELA —Esa gracia es tan poderosa, que bastó un solo destello de su luz divina para transformar súbitamente en fervoroso Apóstol de Jesucristo a un joven de Tarso, que ardía en odio a su santo nombre y perseguía con implacable furor a nuestros hermanos de Judea.

M. FULVIO.—Es inútil que prosigas con esa alegoría impenetrable...

V. NOELA. — No extraño que no me comprendas ni es necesario por ahora, basta que entiendas lo que deseo de tí; concédemelo por ese amor que he tenido la fortuna o la desgracia de inspirarte.

M. FULVIO.—Con infinita repugnancia, pero se trata de la primera cosa que me pides y no puedo menos de complacerte.

V. NOELA.—Gracias, Fulvio; en ello comprendo que en realidad me amas.

M. Fulvio. — Por tu amor tan solo me someteré a esa humillante prueba; mas debo advertirte que esto no impedirá que continúe detestando la infame secta de los cristianos, que pretenden nada menos que destruir el imperio de los dioses inmortales.

La Reina,
entrando por la izquierda.

R. Lupa.—Acaba de llegar la embajada de los sacerdotes celtas: el Gran Druída, el Causídico o Magistrado supremo y el Bardo. Bien quisiera que los dos estuviéseis presentes a esta grave entrevista, pero ya comprendo que debe ser reservada.

M. Fulvio.—Así es; nos retiramos.

V. Noela.—Mientras tanto jugaremos una partida de harpasto [5] en la plaza de armas.

M. Fulvio.—Que Herennio, por lo menos, se halle a vuestro lado todo el tiempo que habléis con los Druídas.

R. Lupa.—Así por precaución como por aparecer ante ellos rodeada de cierta grandeza, he dispuesto ya que Herennio les preceda, y una escolta de la Guardia les acompañe hasta el vestíbulo, permaneciendo allí hasta que se retiren.

M. Fulvio, saliendo con Noela por la derecha.—No os olvidéis de lo que antes os he recomendado; además serenidad, valor y firmeza.

La Reina,
paseando, hondamente preocupada.

¡Ah! ¡Cuánto más graves de lo que yo me imaginaba son las complicaciones de este asunto peligroso!... Por una parte el choque con Cayo Filetro, celoso defensor de los dioses que adora el Imperio Romano y sus Césares Augustos es inevitable, si llega a enterarse de que lejos de enviarle encadenados a los Jacobeos, les protejo, y además he tomado bajo mis personales auspicios la sepultura del Apóstol de Jesucristo que nos ha evangelizado... Por otra parte los Druídas, que tienen gran ascendiente sobre el pueblo y han dado el cetro de estos territorios a mis antepasados, conspiran contra mi soberanía y contra mi cabeza nada menos... Claro está que contando con el Tribuno romano nada tengo que temerles... pero ¿qué actitud adoptará éste cuando sepa mis simpatías por la religión del Nazareno, por su Apóstol y sus Discípulos?... ¡Qué conflicto!... Jamás he pasado por otro, ni remotamente parecido en el azaroso y ya dilatado curso de mi existencia... Pausa. Mas todavía que la conciencia me impulsan a proteger la noble empresa de los Jacobeos, los fervorosos anhelos, las súplicas y las lágrimas de Noela, corazón tan grande y efusivo, alma tan hermosa y abnegada que no podría menos de idolatrarla, aunque no me estuviese unida por los lazos de mi propia sangre... ¿Arriesgaré mi soberanía, mis territorios, la vida, tal vez, por complacerla?... ¿Tendré valor para arrostrar tantos obstáculos y peligros?... Las consecuencias del paso que voy a dar asistiendo al sepelio del gran Jacobo en la forma convenida con sus discípulos, son inminentes y gravísimas... ¡Qué hacer!... Escuchando. Mas esos que se acercan deben ser los Druídas ¡ánimo!

EL GRAN DRUÍDA, EL CAUSÍDICO Y EL BARDO CELTAS GALAICOS, por la izquierda, precedidos de Herennio.

EL DRUÍDA. — ¡El gran Teutates os proteja!

R. LUPA.—Salud, venerables Druídas.

EL CAUSÍDICO.—Venimos en representación de los pueblos celtas galaicos que reconocen vuestra soberanía.

R. LUPA.—Muy bien. Sentaos y decid cuáles son vuestros deseos.

Se sientan.

EL CAUSÍDICO. — Ante todo queremos presentaros una vez más el homenaje del respeto y de la fidelidad que siempre os profesamos.

R. LUPA.—Eso no puedo menos de reconocerlo y agradecerlo.

EL CAUSÍDICO.—En segundo término, manifestaros que el próximo día del plenilunio tendrá lugar la recolección anual del sagrado muérdago, a la cual debemos prepararnos celebrando de víspera una solemnidad religiosa, a media noche, en el Bosque de las Encinas; y como hace dos años que no habéis concurrido a ningún acto público de nuestros cultos, quisiéramos honraseis con vuestra presencia esa fiesta ritual de nuestra religión y de nuestra raza [6].

R. LUPA.—No puedo prometéroslo, porque comienzan a molestarme los achaques de los años.

EL CAUSÍDICO. — Sin embargo, hemos visto que todavía montáis a caballo y galopáis por los empinados riscos, como en vuestros mejores años.

EL DRUÍDA. — Señora, tenemos un especial interés en que honréis esa fiesta religiosa en la presente ocasión, porque, fuerza es decíroslo, reina entre nosotros y en vuestro pueblo un profundo descontento contra vos.

R. LUPA. — ¿Por qué causas?

EL CAUSÍDICO. — Es la primera que os mostráis demasiado favorable a los odiosos intereses del Imperio, y que de tal manera estáis romanizada, que en vuestro Palacio, excepto vuestros nombres celtas, todo es romano.

R. LUPA. — Después de 200 años de heroica resistencia y luchando bravamente con los más ilustres generales romanos, hubieron de rendirse todos los pueblos de España. Los celtas galaicos y nuestros hermanos los astures y los cántabros todavía se sublevaron, pero tras sobrehumanos y desesperados esfuerzos, sucumbieron tristemente en Hirmio, en Lancio y en el Medulio.

EL CAUSÍDICO. — Así fué, en efecto, mas no vemos lo que queréis decir con eso.

R. LUPA. — Aún después de sometidos y de gozar de las ventajas de la paz de Augusto, nuestros abuelos volvieron a sublevarse, pero cayeron despedazados por la mortífera espada del general Agrícola, que llegó a cortar las manos a los prisioneros. Entonces se rindieron definitivamente, aceptando la civilización de los vencedores.

EL CAUSÍDICO. — Yugo aborrecible que pesa sobre nuestras cervices, y con el cual no han cesado de humillarnos y explotarnos.

R. LUPA. — Es cierto que se llevan la flor de nuestros productos naturales, mas habréis de reconocer que han fomentado la agricultura, la industria y el comercio, abriéndoles cauces no imaginados; nos revelaron el secreto de los

inmensos tesoros de metales preciosos que encierran las entrañas de nuestros montes y arrastran las aguas de nuestros caudalosos ríos; construyeron puentes y acueductos, termas y teatros; abrieron inmensas vías de comunicación; crearon escuelas y centros de cultura; respetan nuestras costumbres y, en general, han mejorado notablemente las condiciones de la vida e introducido sabias leyes.

El Causídico. — ¡Todo eso es nada comparado con nuestra perdida libertad!

R. Lupa. — Como quiera que sea, ¿quién osará, después de setenta años de pacífica dominación, oponerse al poder insuperable de ese Imperio gigantesco, que tiene aprisionadas en sus férreas mallas a todos los pueblos, y ha establecido factorías, aduanas y guarniciones permanentes en todos los puntos estratégicos del orbe? Por otra parte, ¿soy culpable de haber introducido una civilización extraña, sin duda, pero beneficiosa, que, antes de que yo naciese, aceptaron nuestros antepasados?

El Druída. — Con todo eso se dice que despreciáis las creencias y las costumbres de nuestro pueblo, que os avergonzáis de la religión de nuestra raza, que simpatizáis con las doctrinas de aquel funesto advenedizo, que recorrió estos territorios embaucando a muchos incautos, haciéndoles creer que curaba toda suerte de enfermedades.

R. Lupa. — ¿Quién? ¿Jacobo Zebedeo?

El Causídico. — Sí, ese sacrílego profanador que hizo pedazos nuestros altares, que desde tiempo inmemorial se levantaban en las cumbres del Ilicino y del promontorio de los Ártabros, al sol y a los sagrados dioses que presiden la naturaleza, la hermosean y fecundan.

El Druída. — Más todavía; se afirma que protegéis a los creyentes de esa religión exótica y perturbadora, que abomina de nuestras creencias seculares. Se sospecha si la profesáis, pues los Jacobeos tienen entrada libre en este Palacio y gozan de su omnímoda influencia.

R. Lupa. — En ese punto nada podéis reprocharme, pues vosotros mismos, sacerdotes del culto druídico, habéis condescendido con las divinidades romanas, introduciendo el culto de los dioses con formas humanas, y el uso de los templos, que rehusaran nuestros antepasados, especialmente los últimos, pues entendían que el único templo digno de la divinidad es la tierra, que tiene por techumbre la bóveda estrellada del firmamento; habéis suprimido los sacrificios humanos, que eran esenciales en las grandes solemnidades del culto religioso de los antiguos celtas.

El Druída. — Esto último fué terminantemente proscrito por los Romanos.

R. Lupa. — Lo sé y lo aplaudo, pero lo recuerdo para convenceros de vuestra inconsecuencia.

El Druída. — La convivencia de los Griegos primero, y de los Romanos después, con nosotros en unos mismos territorios, fué causa de la introducción del antropomorfismo, y sobre todo la semejanza de nuestras divinidades con muchas de las mitológicas: Marte, el dios de la guerra, es nuestro Neton; Júpiter, nuestro gran Teutates; Proserpina, nuestra amada Atecina; Diana o la Luna, nuestra hermosa Dianda.

R. Lupa. — No niego aquella seme-

janza de las divinidades druídicas con algunas de las romanas, ni vitupero su influencia, pero todo ello me prueba que virtualmente está rota la integridad y la esencia de la antigua religión de los celtas. Abreviando, os diré que estos y otros síntomas, que observo desde las alturas de mi vida, me hacen pensar que nuestra antigua religión, con su culto y sus tradiciones, está llamada a desaparecer.

El Bardo. — ¡Eso es absolutamente imposible! Si tal cosa sucediese ¡oh Reina! habría llegado el fin de la secular y gloriosa raza de los celtas.

R. Lupa. — Grande es la visión de los vates para leer en el porvenir, siempre incierto y misterioso, mas en esta ocasión el Bardo de los celtas se equivoca. Más claro ven a mi entender las Sibilas y los Poetas del Lacio, quienes anuncian que una nueva generación de los dioses bajará de lo alto del cielo, si tal vez no ha bajado ya, para rejuvenecer al mundo decrépito e implantar un nuevo siglo de oro, una nueva vida y una nueva Era que renovarán toda la faz de la tierra; y yo creo que de esa profunda y venturosa renovación el pueblo celta, lejos de perecer, puede surgir animado de nuevos alientos y virtudes, y estar llamado a más grandes destinos de los que ha tenido hasta ahora [7]. Se levanta la Reina y lo mismo hacen los Druídas.

El Causídico. — No entendemos esas extrañas quimeras, ni deseamos entenderlas; lo único que deseamos es recordaros que dentro de ocho días es, como os hemos indicado ya, la fiesta más solemne de nuestra religión y de nuestra raza, y que esperamos la honréis con vuestra presencia.

El Druída. — Será la mejor prueba que podéis darnos de que todavía no se ha extinguido en vuestro corazón el amor a nuestras creencias, costumbres y tradiciones, que en ocasión solemne habéis jurado amar y defender.

El Causídico. — Ese día, una hora antes de media noche, os esperamos a la entrada del Bosque de las Encinas, junto a la Fuente de Dianda.

El Bardo. — ¡Oh Reina! Por las glorias y las virtudes de la raza secular de los celtas, que puebla los países más hermosos de la tierra, y dejó indelebles huellas de su genio en los nombres de centenares de burgos, valles, ríos y cordilleras.

Por la ubérrima Atecina, que fecundada por el Cielo hace germinar la Tierra y la renueva todos los años, vistiendo los árboles de preciosos frutos y espléndido follaje; los campos, de espigas; y los valles, de verdor.

Por el poderoso Neton que adoraron vuestros padres, porque nos hace fuertes y valerosos en la caza y en la guerra, proporcionándonos tan ricos despojos.

Por el poderoso Teutates, que aseguró vuestros dominios entre el Ulia y el Támara, y presidió vuestras victoriosas correrías desde Iria hasta Brigantium, desde Lucus Augusti hasta las Cascadas del Pindo y el Promontorio de los Ártabros.

Por el resplandeciente Eudovel que, sentado en su carro del sol, recorre cada día el cielo y comunica la llama de la vida a todos los seres; enciende áscuas de oro de infinitos reflejos en las planicies del mar y de los lagos, y derrama incesantemente sobre la tierra

raudales inmensos de luz y de alegría.

Por la blanca diosa que preside la noche y la embellece con la dulce claridad de sus celestes destellos, contribuyendo a la solemnidad y al misterio de los ritos sagrados, que celebramos sobre altares de césped, en medio de los bosques umbríos, silenciosos y perfumados.

No faltéis el día del plenilunio a la fiesta anual del sagrado muérdago, que será cortado por los sacerdotes con hoces de oro en medio de los cantos y las preces rituales, y luego se distribuirá al pueblo, porque cura nuestras dolencias y mantiene la fecundidad de nuestra raza.

Pensad que si faltáis podréis atraeros las iras de vuestro pueblo y las venganzas de nuestros dioses seculares.

No faltéis ¡oh Reina! ¡por el Agua y el Fuego, por la hermosa Dianda, por el luminoso Eudovel, por el gran Teutates! [8]

TELÓN

Vista parcial de los restos de la muralla del Castro Lupario, de setecientos metros de circuíto, donde estuvo emplazado el Palacio de la Reina Lupa, a 12 kilómetros de Compostela y 8 de Padrón, al pie de la carretera de Pontevedra, frente al lugar llamado Faramello.

ACTO TERCERO

QUINCE DÍAS MÁS TARDE

Interior del bosque de Libredón. Al fondo una columna de mármol de 1 metro, 21 centímetros de alto y 40 centímetros de diámetro.

REINA LUPA, VIRIAMO NOELA Y ARLECA, TEODORO, ATANASIO Y TORCUATO CON OTROS DOS DISCÍPULOS.

TEODORO. — Ya reposa en solar hispano-galaico el cuerpo del Evangelizador de España.

ATANASIO. — Sólo bajo tan manifiesta protección de la Providencia pudimos llevar a feliz término esta arriesgada empresa.

R. LUPA. — Así lo proclamo yo también, pues ahora me doy cuenta cabal de la serie encadenada de hechos providenciales de vuestra admirable odisea.

TORCUATO. — Grande fué, Señora, la confianza en el Santo Apóstol con que nos lanzamos a esa atrevida y dilatada odisea, mas debemos confesar que el resultado ha superado a nuestras más lisonjeras esperanzas.

TEODORO. — Ese resultado felicísimo, después de Dios, a vos lo debemos.

R. LUPA. — Arrepentida estoy de lo poco que he hecho, tan tardía y cobardemente; por eso os he prometido construir a mis expensas el Mausoleo en que reposarán definitivamente los huesos del gran Jacobo Zebedeo.

V. NOELA. — Madre, ese monumento perpetuará nuestra gratitud al Santo Apóstol, que nos evangelizó, y a quien yo además debo la vida.

R. LUPA. — Por eso se hará lo más suntuoso que sea posible. Constará de una cripta o cámara subterránea y sobre ella un edículo que la cobije y defienda. Bajo el pavimento de éste y en el centro de la cripta colocaremos el Sepulcro que será un sarcófago o arca de mármol.

TEODORO. — Entonces que este lugar se llame desde ahora *Arca Marmórica*.

ATANASIO. — Mas que no se olvide su primitivo nombre de *Libredón,* que en nuestra lengua celta significa Fortaleza junto al camino.

INDALECIO Y OTRO DISCÍPULO,
que traen una lápida de mármol de 85 centímetros de largo por 67 de ancho.

INDALECIO. — Aquí está el ara, que es ciertamente preciosa.

ATANASIO. — Pues colocadla sobre la columna en la forma convenida.

Los otros dos discípulos, que no hablan, la cogen y colocan sobre la columna para tal efecto preparada.

TEODORO. — Esa columna y esa ara

que vos y Viriamo Noela habéis dedicado a los Manes de vuestros antepasados, cuando érais paganas, es la mejor señal que pudimos escoger para fijar la situación de la sepultura que provisionalmente hemos dado al cuerpo del Santo Apóstol.

R. LUPA. — ¿Por qué?

TEODORO.—Porque siendo gentílica y con inscripción pagana no infundirá la menor sospecha.

ATANASIO.—Y para nosotros quiere decir que a cien pasos hacia el Sur está la sepultura.

TEODORO.—Cuando el Mausoleo esté concluído, las bendeciremos y consagraremos, colocándolas sobre la tumba del Santo Apóstol para celebrar en ellas nuestros augustos Misterios.

V. NOELA. — ¿Qué os proponéis al aprovechar esos materiales de un monumento gentílico en el que construiremos en honor de nuestro amado Apóstol?

TEODORO.—Que sean como un despojo de las antiguas supersticiones paganas, a modo de trofeo ofrecido sobre la tumba del Evangelizador de España.

ATANASIO.—Con ello vuestros nombres en la lápida consignados pasarán a la posteridad, como es justo.

R. LUPA. — Haced cuanto juzguéis más conveniente a la mayor gloria de aquel Apóstol admirable.

V. NOELA. — Ese, madre mía, es mi mayor contento y mi más ardiente deseo.

R. LUPA. — Quedamos, pues, según lo convenido, en que aquí mismo, por su proximidad a la vía romana, se levantará el Mausoleo donde reposen para siempre los huesos del gran Jacobo. Se construirá inmediatamente, de manera que el 30 de Diciembre podamos hacer la traslación definitiva. Con esto daré por terminada la misión que me habéis encomendado, de la cual estoy tan satisfecha que la considero como el hecho más grande y glorioso de mi vida.

TEODORO. — N. S. Jesucristo os recompensará con todas las bendiciones de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, cuanto habéis hecho y hagáis en servicio y honor de su amado Apóstol.

R. LUPA.—Me doy por recompensada con el inmenso júbilo que experimento en haber cooperado personalmente a esta noble empresa, no explicándome como pude oponer tanta resistencia a secundar resueltamente vuestros justos deseos.

V. NOELA. — Madre, ese júbilo en que rebosa vuestro pecho es tal vez el postrer llamamiento que os hace Jesucristo para que recibáis el bautismo.

ATANASIO.—Eso se impone después del acto que acabáis de realizar, protegiendo y honrando con vuestra presencia el sepelio del Apóstol, que os ha evangelizado.

TEODORO.—Si algo arriesgáseis, todo cuanto vale el mundo es nada ante la suprema dicha de la vida eterna.

V. NOELA. — ¡Oh madre! concededme hoy lo que tantas veces de rodillas y con lágrimas en los ojos os he suplicado... ¡Bautizaos!

R. LUPA.—Sí, hija mía, sí; estoy dispuesta a hacerlo; lo deseo; lo quiero; y aún cuando no lo quisiera no podría resistirme por más tiempo, porque una fuerza interior me impulsa con suave y enérgica violencia... Aquí mismo, sobre el suelo donde se ha de levantar el Sepulcro venerando del Santo Apóstol.

Se arrodilla y Teodoro tomando en una concha un poco de agua de una fuente, que se supone haber allí, la bautiza.

TEODORO. — ¿Creéis en N. S. Jesucristo y en todas las cosas que en su nombre os hemos enseñado?

R. LUPA. — ¡Oh sí! ¡Con toda mi alma!

TEODORO, derramando agua sobre su cabeza. — Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R. LUPA, se levanta y abraza a su hija efusivamente, mientras tanto los discípulos cantan el salmo: «Laudate Dominum omnes gentes; laudate eum omnes populi; quoniam confirmata est super nos misericordia ejus; et veritas Domini manet in aeternum».

V. NOELA.—Ahora, madre mía, puesto que ya eres cristiana y en Jesucristo todos somos hermanos, te ruego abraces a mi antigua esclava Arleca, que dejó de serlo el día que recibió conmigo el santo bautismo. La reina abraza a la antigua esclava Arleca.

TEODORO.—¡Bendito sea N. S. Jesucristo!

LOS DISCÍPULOS.—¡Adorado sea por los siglos de los siglos!

R. LUPA.—Nunca en los ya dilatados años de mi vida he experimentado una satisfacción tan intensa y profunda como siento ahora... Sólo deseo que el Señor me perdone, y como expiación de mis pecados, particularmente de las crueldades que para imponerme por el terror cometí con mis súbditos, a los nombres celtas de Atiamoe Tatelumpsa haré preceder el latino de Lupa [9].

TEODORO.—Ese es un rasgo de gran humildad cristiana.

R. LUPA. — Y como prueba de mi gratitud al Santo Apóstol me constituyo Patrona de su Sepulcro para todos los días de mi vida... Después...

ATANASIO. — Después Dios proveerá, como ha provisto hasta ahora.

TEODORO.—Pues como Fundadora y Patrona que sois de este Sepulcro os rogamos, que Atanasio y yo nos quedemos custodiándolo alternativamente hasta el fin de nuestra vida.

ATANASIO. — Esa es la mayor dicha a que podemos aspirar en la tierra.

R. LUPA.—Me place muchísimo que así sea.

TEODORO. — Entonces ¡oh Reina! os suplicamos nos concedáis también el privilegio de que, cuando llegue la hora de nuestra muerte seamos enterrados los dos en la Cripta del Santo Apóstol, uno a la derecha y otro a la izquierda.

R. LUPA.—Eso es muy justo y pido al Señor os lo conceda, pues moriré antes que vosotros. Yo, aunque indigna de esta honra, deseo asimismo ser enterrada en un rincón de esa santa Cripta [10].

TEODORO. — Aunque no hubiéseis expresado este noble y justo deseo, lo hubiéramos hecho del mismo modo, como quien cumple un deber sagrado.

ATANASIO.—Vuestras bondades nos alientan a rogaros todavía que cuando se construya la Cripta se hagan a la vez los sepulcros colaterales en que Teodoro y yo hemos de ser enterrados.

R. LUPA. — También en eso seréis complacidos. Pausa. Ahora es preciso que dispongamos el regreso, pues comienza a declinar la tarde y vosotros debéis pernoctar en Iria.

ARLECA, alarmada. — Silencio, hermanos... que o mucho me equivoco, o siento el galopar resonante de caballos que se acercan hacia nosotros

ATANASIO, escuchando.—Así es... Indalecio, corre a informarte que jinetes son esos y si en efecto vienen hacia nosotros.

TEODORO.—Ocúltate para observar, pues puede suceder que estén muy lejos de pensar en nosotros y vayan de paso por la vía romana.

INDALECIO. — Así lo haré. Sale corriendo.

R. LUPA.—¡Qué tremenda contrariedad!... ¡Si habremos sido traicionados! Porque sólo Herennio, en el Castro Vecario, sabe donde nos hallamos, y le he exigido juramento de no decirlo a nadie bajo ningún pretexto.

V. NOELA. — ¿Quiénes podrán ser si intencionadamente vienen hacia nosotros?

TEODORO.—Quienes quiera que sean, ahora, a Dios gracias, nuestra santa empresa está asegurada, pues el sepelio es perfectamente legítimo, y ha hecho el lugar sagrado y por consiguiente inviolable.

R. LUPA. — ¡Mucho temo que sean enviados del Sublegado romano!

TEODORO.—Ya os hemos dicho que, por confidencias de nuestros hermanos de Dugium, nos consta que Cayo Filetro está arrepentido de habernos perseguido, y que pasado el furor de los primeros momentos le ha hecho honda impresión la catástrofe de los lanceros romanos en el puente de Nicraria. No sería un imposible que llegase a ser cristiano [11].

INDALECIO, que entra turbado.—¡¡Marco Fulvio y Herennio que acaban de apearse cerca de nosotros!!

R. LUPA. — ¡Marco Fulvio!... ¡Traición! Hace ademán de desenvainar la espada.

V. NOELA. — Tranquilizaos, madre mía... Nada tenemos que temer... Marco Fulvio es cristiano.

TEODORO. — Pronto lo será con la gracia de N. S. Jesucristo.

R. LUPA.—¡Es posible! ¡Marco Fulvio cristiano!

V. NOELA. — ¿Por qué no, madre? Acordaos de Saulo de Tarso; acordaos de Cornelio Centurión, de...

MARCO FULVIO y HERENNIO,
que se precipitan en escena.

M. FULVIO. — La paz del Señor sea con vosotros.

V. NOELA, dirigiéndose a él.—¡Fulvio! ¡Qué entrevista tan inesperada!

M. FULVIO. — No será porque me hayas invitado a ella...

V. NOELA.—Ya comprendes que eso no estaba en mis atribuciones.

R. LUPA.—¡Marco Fulvio, cristiano!

M. FULVIO. — Cristiano todavía no; mas no tardaré en serlo.

R. LUPA. — Y tú, hija mía, lo sabías y me lo has ocultado tratándose de un suceso de tal importancia y tan grato para nosotras!

V. NOELA. — Estábamos de acuerdo Teodoro y yo para decíroslo precisamente hoy, como argumento definitivo para persuadiros a que llevaseis a feliz término lo que tan espontáneamente habéis realizado hace unos momentos.

R. LUPA. — ¡Ah!...

M. FULVIO. — ¿De qué se trata?

R. LUPA. — Se trata de que habiendo yo tenido la dicha de abrir los ojos a la luz del Evangelio hace dos años, todavía acabo de recibir el santo bautismo, habiéndome resistido a ello por una cobardía de la cual estoy arrepentida. Mas ¿cómo tuvo lugar el feliz suceso de vuestra conversión? Porque os confieso que me ha sorprendido de tal manera que lo oigo de vuestros propios labios y aun me resisto a creerlo.

V. NOELA. — Madre, la conversión de Fulvio es tan espontánea que, si hubiéseis dilatado unos días más la recepción del santo bautismo, se os hubiese anticipado.

M. FULVIO.—Por complacer a Noela, por su amor únicamente, decidí oir a Teodoro durante siete días consecutivos, y he hallado tan noble y hermosa la Religión del Crucificado que estoy resuelto a abrazarla. ¡Qué grandeza de ideas! ¡Qué elevación de sentimientos! ¡Qué profundidad de Misterios! ¡En qué ignorancia tan crasa vivíamos sepultados acerca del verdadero Dios, de la naturaleza de nuestra alma inmortal, del lazo de amor que une a todos los hombres y a todos los pueblos, y de nuestros eternos destinos!... Ahora me explico el pudor singular, la belleza moral extraordinaria que pude sorprender en Noela y admiraba sin comprenderla [12].

TEODORO. — Este lenguaje en un hombre que hace pocos días blasfemaba de nuestra Religión, calificándola de vil patraña, tan sólo propia de esclavos, es un patente milagro de la divina gracia.

M. FULVIO. — ¡Qué lejos estaba de estas creencias!

V. NOELA.—¡Qué bondad la del Señor! Cuando tú por ignorancia blasfemabas de su santa Religión, Él disponía las cosas para atraerte a ella, valiéndose de mí para salvarte.

M. FULVIO. — ¡Es verdad!...

V. NOELA. — ¡Si supieses con cuánto fervor han orado por tí estos hermanos nuestros y todos los cristianos de Iria!

M. FULVIO. — ¡Cuánto bien me habéis hecho, contribuyendo a que desapareciese el gravísimo obstáculo, que se oponía a mi venturosa unión con esta joven ideal por su virtud y su hermosura!

TEODORO. — No es esto solo, sino que la Religión de Cristo agranda, ennoblece y hermosea el ideal de vuestro amor, puesto que bendice y consagra todos los legítimos amores con lazos tan fuertes que sólo la muerte puede desatar.

ATANASIO.—Es más; los castos amores que nuestra santa Religión bendice y consagra, no teniendo su verdadera raiz en la materia deleznable, no sólo se conservan fervientes y puros cuando la nieve de los años ha caído sobre la cabeza de los esposos, sino que sobreviven a la misma muerte.

M. FULVIO. — Todo eso triplica la dicha que siento en amar a Noela. ¿No es verdad, hermosa mía, que ahora ya no existe obstáculo alguno para que consagremos nuestros amores?

V. NOELA. — Así es y ello me produce una inmensa alegría; mas me parece que serán contados los días de mi vida.

M. FULVIO, con sorpresa. — ¿Qué has dicho, Noela!

R. LUPA. — Hija ¡qué despropósito tan extraño e inoportuno!...

V. NOELA.—Veréis por qué lo digo. Cuando hace pocos días me persuadí de que amaba apasionadamente a Fulvio, y me encontré entre este amor y la imposibilidad de verlo realizado; entre la solemne promesa hecha a mi madre de no revelar a nadie el secreto de mis creencias religiosas, la urgencia de declararlo y la gravedad de esta declaración, nada menos que a un representante del Imperio romano, perpleja y sin saber que partido tomar, en el momento más culminante de la duda, elevé mi corazón al cielo pidiéndole fervorosamente su amparo, y al punto fuí escuchada, pues cruzó por mi mente una idea felicísima, que sólo el Señor pudo haberme inspirado, y tomé una resolución preciosa.

M. FULVIO. — ¿Cuál?

V. NOELA. — Confesarte noblemente mi fe y sufrir por ella el martirio, y si por un milagro me perdonases el ser cristiana, ofrecer al Señor por tu conversión el sacrificio voluntario de mi vida.

M. FULVIO, estrechando efusivamente las manos de Noela. — ¡Qué grandeza de alma la tuya, amadísima Noela!

TEODORO.—¡Divina religión que amores tan puros y abnegaciones tan sublimes inspira!

M. FULVIO.—Dios no querrá que te mueras y yo seré contigo el sér más feliz de la tierra. Deja las manos de Noela.

V. NOELA.— No dejo de amar la vida, pero si el Señor a quien se la ofrecí, dispone de ella, acataré regocijada su voluntad adorable.

M. FULVIO. — Dios querrá sin duda que vivas, y ahora sólo falta que vos, Reina, ratifiquéis nuestros amores, como me habéis prometido, si era gusto de Noela, y ya véis que lo es.

R. LUPA.—¡Yo los ratifico y los bendigo con toda mi alma!

V. NOELA. — Gracias, madre mía.

R. LUPA.—¡Qué felices vamos a ser todos! ¡No esperaba yo tanta ventura en los últimos años de mi vida!...

V. NOELA.—Ahora, madre, os ruego expliquéis a Fulvio el motivo de nuestra presencia en este lugar tan extraño, ya que felizmente podemos hacerlo.

R. LUPA. — Antes quisiera, Marco Fulvio, que me explicáseis cómo vos y Herennio habéis venido aquí, porque había prohibido a éste que no dijese a nadie, bajo ningún pretexto, el lugar donde nos hallábamos.

HERENNIO. — Razones tuve para hacerlo y espero que aprobaréis mi conducta.

M. FULVIO.—¿Os acordáis de la grave confidencia que tuve con vos hace dos semanas?

R. LUPA. — ¡Vaya si me acuerdo! ¡Como que se trataba nada menos que de asesinarnos!

V. NOELA, sobresaltada. — ¿Qué ocurre? ¿Por qué no lo has dicho ante todo?

M. FULVIO. — Por no alarmaros, ya que afortunadamente no existe motivo de alarma.

V. NOELA.—¡Por Dios, Fulvio, acaba de una vez, que algo grave debió haber pasado!

R. LUPA. — ¿Algún conato de sublevación de mi pueblo, inspirada por los Druídas?

M. FULVIO. — Eso fué lo ocurrido. Pero acudimos tan a tiempo que se cortó de raiz apenas declarada.

R. LUPA. — ¡¡ Infames !!

M. FULVIO.—La sublevación se convino, cuando yo menos lo esperaba, hace tan sólo tres días, aprestándose algunos hombres de armas y ganando las tres cuartas partes de vuestra Guardia.

R. LUPA, rugiendo de indignación. — ¡¡ Traidores !!

M. FULVIO. — Estaba acordada precisamente para hoy a media mañana, y a esa hora se dió el grito de muera la Reina, sorprendiéndose no poco al notar vuestra ausencia.

R. LUPA.—¡Ah!... La invitación a la fiesta religiosa del muérdago era un ultimatum, y como no respondí a ella se sublevaron... Explicado.

M. FULVIO. — Herennio poco después de vuestra partida, a la primera hora de la madrugada, se dió cuenta de lo que pasaba, y me envió un aviso por dos jinetes de su confianza, encerrándose con los soldados leales de vuestra Guardia en la Torre Sixtina que corona el Castro Vecario. A las tres horas acudía yo con mi gente, subiendo con rapidez las escarpadas de la Fortaleza.

R. LUPA. — ¡Cuánto os costaría penetrar en ella!

M. FULVIO. — En efecto, fué lo más costoso. Mientras la mayoría de los Legionarios amagaba por el Sur, incendiamos la puerta de la Aguada, y antes que estuviese franqueado su paso, ya tres soldados habían escalado la muralla, que luego por medio de cuerdas ganaron otros muchos, los cuales cuando los sublevados acudieron a obstruir aquella puerta con troncos de árboles, arrojaron sobre ellos una lluvia de enormes piedras. Desde el momento en que nuestras fuerzas penetraron dentro del Castro Vecario, puede decirse que se ganó la partida, pues parte de los rebeldes se sometieron, parte perecieron al filo de las lanzas y espadas romanas, y tan sólo los más esforzados prolongaron el combate hasta el medio día. Entonces ordené a Herennio que saliese de la Torre con su gente y les acometiese por la espalda, a la vez que nosotros heríamos sin piedad, no ya para vencer, sino para vengar los quince muertos y otros tantos heridos que nos hicieron, principalmente al forzar el paso de la puerta de la Aguada.

R. LUPA. — ¡¡ Miserables !!

V. NOELA. — ¡Desdichados!...

M. FULVIO.—La represalia fué sangrienta; os aseguro que vuestras gentes no volverán a sublevarse contra el poder del Imperio Romano y de sus fieles amigos y tributarios. Entre los muertos se cuentan los cabecillas de la sublevación, el gran Druída, el Causídico y el Bardo, que alentaron hasta última hora a los sublevados y aun ellos mismos se batieron como bravos.

V. NOELA. — ¡Qué día de terribles emociones nos hemos evitado!

R. LUPA. — No, hija, que de habernos hallado presentes, hubiéramos peleado con ardor y resolución al lado de los Legionarios y de nuestros fieles soldados. Lo único grave que pudo suceder fué que nos hubiesen sorprendido.

ATANASIO. — Gracias al Señor que todo lo dispuso del modo más favorable.

R. LUPA. — Son tales los acontecimientos de este día inolvidable, que apenas me doy cuenta de tan venturosas realidades.

HERENNIO.—En vista de lo ocurrido,

y de que Marco Fulvio me dijo que iba hacerse cristiano, dándome la seña de los catecúmenos, me pareció que no debía negarme al empeño que puso por saber donde os hallábais, para venir a daros personalmente la nueva de la victoria definitiva sobre los sublevados.

R. LUPA.—Muy bien has hecho, Herennio, y no podías obrar de otro modo. ¡Quién hubiera pensado que mientras disponíamos la Sepultura del Apóstol, se estaban desarrollando tan trágicas escenas en el Castro Vecario!

TEODORO. — En eso precisamente resplandece la Providencia que dirige los acontecimientos, y guía todos nuestros pasos.

M. FULVIO. — Tranquilizaos, pues se han enterrado ya los muertos, y retirado los heridos, y todo está tan normal como cuando os habéis ausentado esta mañana. Los soldados fieles de vuestra Guardia se han incorporado a los Legionarios, como premio de su buen comportamiento, y en lo sucesivo una escolta de soldados romanos estará al servicio de vuestra persona y de vuestra Fortaleza.

R. LUPA. — Gracias, Marco Fulvio, gracias por esta brillante acción que nos liga a vos con gratitud eterna.

M. FULVIO. — No he hecho más que cumplir lo que os había prometido, y con gran placer, porque en este caso se compenetraban los sentimientos de mi personal amistad con vosotras y mis deberes de soldado romano con los amigos y protegidos del Imperio. Ahora podéis decirme, si os place, lo que antes me habéis prometido, porque la reserva de Herennio sobre este particular fué absoluta.

R. LUPA. — Ahora, aunque todavía agitada por la emoción del relato de tan graves e inesperados sucesos, os explicaré, como desea Noela, deseáis vos y deseo yo, por qué nos hallamos en este bosque desde las primeras horas de la mañana en compañía de los Jacobeos, ya que felizmente podéis asociaros a nuestros sentimientos.

M. FULVIO. — Supongo desde luego que se tratará de algún motivo religioso.

R. LUPA.—Ciertamente. El Apóstol que abrió nuestros ojos a la luz de la fe de Cristo, después de haber recorrido gran parte de España predicando el Evangelio, regresó a Jerusalén, donde sufrió el martirio por la fe de Jesucristo.

M. FULVIO. — De eso ya estoy informado.

R. LUPA. — Sus discípulos, hijos de Galicia en su mayor parte, y con la esperanza de mi protección, embalsamaron su cadáver y lo trajeron al puerto de Iria.

TEODORO. — Acerca de esto nada pude deciros, porque la Reina nos había exigido el más riguroso secreto.

R. LUPA. — La odisea que estos fervorosos Jacobeos recorrieron con el cadáver de su Maestro desde las playas de Oriente hasta este bosque, situado en el corazón de Galicia, es verdaderamente prodigiosa.

M. FULVIO. — Todo es creíble tratándose de estos hombres que siendo al parecer tan modestos y sencillos, tienen un corazón tan esforzado y poseen una fe tan ardorosa y entusiasta, que confiados solamente en el poder divino, se lanzan intrépidos a la empresa gigantesca de la conquista espiritual del mundo pagano, arrostrando todos los peligros, abrazando los mayores sa-

crificios y poniendo toda su ambición en dar su vida por el triunfo del Evangelio.

R. LUPA. — De los episodios de esta audaz odisea y de otras muchas cosas con ella relacionadas, os iremos informando sucesivamente. Ahora sólo he de manifestaros que hemos venido aquí para inhumar el cadáver del gran Jacobo en este bosque escondido e impenetrable, y que luego haré construir un mausoleo adecuado donde reposen definitivamente sus restos mortales.

M. FULVIO. — Me congratulo de saber todo esto y de poder asociarme a vuestros sentimientos, como vos y Noela habéis dicho muy bien.

ATANASIO.—La posición de este altar pagano indica que a una distancia y en una dirección determinadas se halla la sepultura provisional del Santo Apóstol; y que aquí mismo se emplazará el monumento que ha de cobijar el Sepulcro del Protomártir de los Apóstoles.

R. LUPA. — Por último, deseo que sepáis, Marco Fulvio, que este Santo Sepulcro, en el que reposarán hasta el fin de los siglos las cenizas venerandas del Evangelizador de España, en cuanto yo pueda y con todos los riesgos, incluso el de la vida, queda desde hoy bajo mi tutela, amparo y salvaguardia.

V. NOELA.—Madre: veros cristiana y protectora decidida de este Sepulcro ¡qué dicha! La abraza efusivamente.

TORCUATO. — Noela: hoy os premia el Santo Apóstol las oraciones, las lágrimas y los ardientes anhelos con que habéis contribuído a este felicísimo resultado.

V. NOELA.—Si a esto se une la conversión de Fulvio y la consagración de nuestros amores hecha por la Reina en este lugar, santo desde ahora, y ante tales testigos, bien puedo creer que hoy es el día más feliz y culminante de mi vida.

M. FULVIO. — Algo semejante puedo yo decir, pues la dicha de la fe y la del amor abren ante mí un mundo enteramente nuevo.

R. LUPA. — Ahora, terminada nuestra misión de hoy, debemos pensar en disponer el regreso.

TEODORO. — Tan sólo falta decir a Fulvio que este lugar de aquí en adelante, por razón del material que emplearemos en la construcción del Sepulcro, se llamará *Arca Marmórica*.

ATANASIO. — Si bien conservará su primitivo nombre de *Libredón,* que significa Fortaleza junto al camino.

TORCUATO.—Llámese Arca Marmórica, Libredón o ambas cosas a la vez, este sepulcro será glorioso.

V. NOELA. — ¡Oh sí, lo será! Ayer noche, después de los preparativos de esta excursión piadosa, dormí profundamente y después tuve un maravilloso ensueño. Pensaba no decirlo porque estoy persuadida de la vanidad de los sueños, mas ya que coincide con la respetable opinión de Torcuato acerca del glorioso porvenir de ese santo sepulcro, quisiera referiros las grandes maravillas que he soñado.

TEODORO. — Lo que sucederá en el transcurso de los siglos sólo Dios lo sabe; pero yo creo más bien que ese Sepulcro será primero oscurecido durante un largo período, a causa de las grandes persecuciones que, según ha predicho el Divino Maestro, se desatarán contra la Iglesia. Después que el

Cristianismo haya triunfado por medio del dolor, será cuando esta Tumba surja de la oscuridad como una gloria de la Religión y una esperanza de la Patria, porque N. S. Jesucristo derramará sobre ella las bendiciones de su misericordia. Por lo demás, hija mía, los sueños no dejan de ser sueños.

TORCUATO. — Con todo, los sueños suelen ser sincera expresión de nuestros deseos, y ese significado por lo menos puede tener el de Noela.

INDALECIO. — Siendo ésta nuestra decidida protectora desde el día que recibió el bautismo, su sueño no puede menos de ser muy favorable a nuestra santa causa, y desde luego hermosísimo.

ATANASIO. — Todos lo oiremos con gran contento.

M. FULVIO.—¿Quién puede dudarlo, siendo cosa de Noela?

TEODORO.—Lo que yo he advertido nada obsta para que lo refiera.

R. LUPA.—Habla, pues, hija mía.

V. NOELA. — Pues como iba diciendo, ayer noche, o mejor dicho dos horas antes del amanecer de hoy, en que partimos de Castro Vecario, preocupada con el pensamiento de la sepultura del Santo Apóstol, y rebosando alegría porque la Reina se había decidido a tomar bajo sus personales auspicios esta santa empresa; soñé... pero tan claro como si despierta lo estuviese viendo... que sobre este mismo lugar brillaba una estrella de extraordinario fulgor; que atraídos por ella como los Reyes de Oriente por la que anunció al Mesías, venían aquí un sacerdote de venerable aspecto y alba cabellera, y un piadoso Monarca, seguido de brillante cortejo, y que los dos construían con sus propias manos un templo grandioso.

En medio del Pórtico de aquel templo se destacaba bajo un arco de frondas y de flores, reflejando infinita majestad y dulzura, la adorable figura del Salvador, sentado sobre excelso trono, en torno del cual estaban cuatro graves varones que con estiletes de oro escribían sus divinas palabras y sus hechos gloriosos, y formando semicírculo millares de ancianos de plácido semblante y jóvenes radiantes de alegría, que cantaban sus grandezas entonando Salmos de victoria, al son de instrumentos músicos de una dulcísima e incomparable melodía.

A los pies de Cristo hallábanse en dos grupos los Profetas que le anunciaron, y los Apóstoles a quienes confió la misión de difundir su doctrina salvadora entre todos los pueblos, y en medio de unos y otros estaba el Hijo del Trueno que trajo a España y a Galicia la luz del Evangelio.

Al principio me parecía que nuestro Apóstol se hallaba en actitud de enseñar, pues apoyaba su mano izquierda en un báculo pastoral, y tenía en la diestra un pergamino con los preceptos del Decálogo; mas luego fué quedándose abstraído y extático con los sagrados ritmos, las sinfonías y las dulcísimas cadencias de aquel célico concierto, y su semblante, y aún todo su continente iluminándose por un resplandor tan intenso y suave, puro y sereno, como si se hubiese desprendido un ji-

rón del cielo, y por aquel resquicio descendiese de la propia fuente de luz un raudal de las claridades sempiternas.

Después ví claramente como este fragoso bosque se transformaba como por ensalmo en un brillante emporio de religión, de arte y de poesía, en una hermosa ciudad que florecía en torno de aquella Tumba gloriosa.

El santo Sepulcro brillaba como un faro luminoso que expandía por todos los ámbitos del orbe sus poderosos resplandores, y por delante de él desfilaban ostentando las más variadas y ricas vestimentas, y seguidos de soberbias cabalgatas, poderosos reyes, hermosas reinas, príncipes y princesas, guerreros, poetas y sacerdotes.

Pero lo que más me maravillaba de aquel grandioso homenaje al Sepulcro del Santo Apóstol, eran las infinitas caravanas de extranjeros que después de prosternarse ante él y besar sus piedras, entonaban himnos sagrados y recitaban preces fervorosas en todas las lenguas de la tierra.

M. FULVIO, estrechando las manos de Noela. — ¡Precioso sueño, bellísima Noela!

R. LUPA. — Bien, hija, acaso demasiado bien, exageradamente optimista.

ATANASIO. — ¡Sueño verosímil y grandioso!

TORCUATO. — ¡Sublime!

INDALECIO. — Bien dije yo que no podía menos de ser hermoso y favorable a nuestra causa, pero confieso que ha superado a mis presentimientos.

TEODORO. — Esas fantasías maravillosas de tu ensueño son hijas de la grandeza de tu alma en la que palpita una devoción entusiasta al Santo Apóstol que os ha evangelizado, y un férvido anhelo de su gloria. A pesar de ello, yo, en nombre de todos nuestros hermanos, no puedo menos de aplaudirlas, recogerlas y guardarlas, como se guarda la esperanza de la inmortalidad, en lo más recóndito de nuestro pecho. ¡Quiera Dios, hija mía, que, siquiera en parte, lleguen pronto a convertirse en hermosas realidades!

V. NOELA. — La benevolencia con que habéis acogido el relato de mi ensueño y las palabras que hace unos momentos pronunció Teodoro, acerca que cuando la Iglesia de Cristo triunfe definitivamente y sea glorificada por el dolor, este Sepulcro surgirá como una gloria de la Religión y una esperanza de la Patria, han abierto mi pecho a nuevas y lisonjeras esperanzas. Quisiera decíroslas, mas ¿cómo hacerlo siendo tan atrevidas y optimistas?

M. FULVIO. — ¿Qué duda cabe de que debéis manifestarlas contando de antemano con el beneplácito de todos nosotros?

TORCUATO. — No sólo podéis, sino que en cierto modo tenéis el deber de decirlas, siendo como sois una intérprete tan fiel de nuestros sentimientos.

R. LUPA. — Ciertamente parece que estás iluminada. Habla, hija, habla.

V. NOELA. — Ahora me parece que la fe, representada por el Santo Apóstol, ha de ser el germen fecundo y la fuerza propulsora de todas las grandezas y las glorias de España, y su nombre grito de combate y esperanza de victoria.

ATANASIO. — ¡Oh! esas fundadas esperanzas hacen vibrar nuestros corazo-

nes con una alegría no menos intensa y pura que las primeras.

FORCUATO. — Eso era precisamente lo que yo quería expresar cuando propuse con insistencia, que este bosque conservase su primitivo nombre de Libredón, porque el Mausoleo que en él hemos de erigir al Evangelizador de España será una verdadera Fortaleza para la defensa de la Religión y de la Patria.

V. NOELA.—Pues si os parecen fundadas mis esperanzas, todavía me atrevo a esperar que este Sepulcro en el que palpitarán gérmenes tan fecundos y preciosos, y la Estrella que durante mi ensueño brillaba sobre él, habrán de ser el emblema del Templo y de la Ciudad que surgirán necesariamente en torno de esta Tumba gloriosa.

TODOS. — ¡Muy bien!

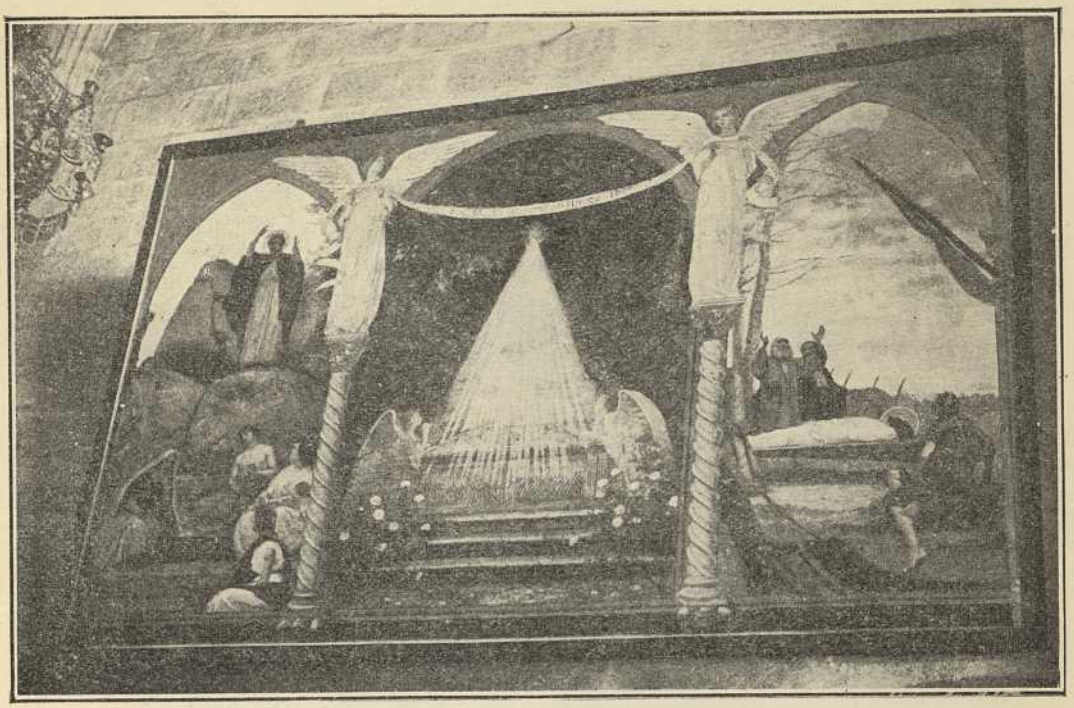
TEODORO. — Pues que así sea.

V. NOELA. — Entonces que este lugar no se llame en definitiva *Libredón* ni *Arca Marmórica*, sino más bien *Campo de la Estrella*.

TODOS. — *Campus Stellae!...*

V. NOELA. — ¡Compostela! (13)

TELÓN



La predicación de Santiago en Iria Flavia.

El Sepulcro.

Desembarco del Cuerpo del Apóstol en las riberas del Sar.

Tríptico de Modesto Brocos, artista compostelano, Director de la Escuela de Pintura de Río Janeiro.

CUADRO MUSICAL

PEREGRINOS Y JUGLARES

Decoración: Plaza de la Quintana, con la escalinata a la derecha y al fondo la Puerta Santa.

ESCENA 1.ª — **Himno de Ultreya.** — Edad Media.

Un grupo de Peregrinos flamencos, entrando por la izquierda, canta dicho himno cuya letra y música es como sigue: (14)

TEXTO ORIGINAL

Dum pater familias,
Rex universorum,
Donaret provincias,
Jus Apostolorum;
Jácobus Hispanias
Lux illustrat morum.

Primus ex Apostolis,
Martir Jerosolymis
Jácobus egregio
Sacer est martyrio.

Jácobi Gallaecia
Opem rogat piam;
Glebae cujus gloria
Dat insignem viam,
Ut precum frequentia
Cantet melodiam.

Herru Sanctiagu!
Grot Sanctiagu!
Eultreja, esuseja!
Deus, adjuva nos!

Primus ex Apostolis, etc.

Jácobo dat parium
Omnis mundus gratis;
Ob cujus remedium

TRADUCCIÓN POÉTICA

Cuando aquel buen padre,
Rey de todo guía,
A los doce Apóstoles
Los reinos cedía,
Santiago a su España
Santa luz traía.

Primicia de Mártires
Entre los Apóstoles,
En Salén, Santiago
Mártir fué preclaro.

De Santiago alcance
Propicio destino
Galicia: su gloria
Da feliz camino
Para tantas preces
De canto divino.

Oh Señor Santiago!
Gran Señor Santiago!
Eultreja! esuseja!
Protégenos, Dios!

Primicia de mártires, etc.

A Santiago rinde
Todo el mundo parias;
Soldado de Cristo,

Miles pietatis
Cunctorum praesidium
Est ad vota satis.

Primus ex Apostolis, etc.

Jácobum miraculis
Quae fiunt per illum,
Arctis in periculis
Acclamet ad illum
Quisquis solvi vinculis
Sperat propter illum.

Primus ex Apostolis, etc.

O beate Jácobe!
Virtus nostra vere,
Nobis hostes remove,
Tuos ac tuere,
Ac devotos adhibe
Nos tibi placere.

Primus ex Apostolis, etc.

Jácobe propitio,
Veniam speremus;
Et quas ex officio
Merito debemus,
Patri tam eximio
Dignas laudes demus.—Amen.

Primus ex Apostolis, etc.

Con santas plegarias
A todos defiende
De suertes contrarias.

Primicia de mártires, etc.

A Santiago aclámenle
Sus milagros Santo
Y en riesgos y cárceles
Invocan al Santo,
Cautivos que míranse
Libres por el Santo.

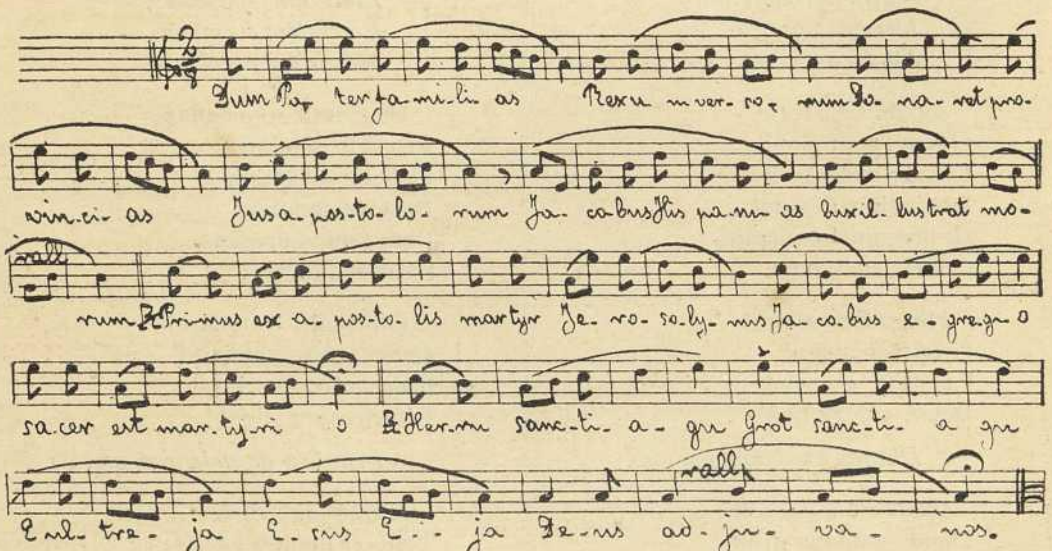
Primicia de mártires, etc.

Oh noble Santiago,
Patrono valiente!
Nuestros enemigos
Tu poder ahuyente;
Y haz que te agrademos
Con fe reverente.

Primicia de mártires, etc.

Por Santiago Apóstol
Perdón esperemos,
Y obsequiosos siempre,
Las que le debemos
Dignas alabanzas,
Con amor le demos.—Amén.

Primicia de mártires, etc.



ESCENA 2.ª — **Últimos ecos de la poesía popular jacobea.**

Fines del segundo tercio del siglo XIX.

Un Juglar de viola o zanfona, acompañado por una joven con pandereta, entrando asimismo por la izquierda, cantan estas dos coplas: la primera alternativamente; la segunda a dos voces (15).

Es el Apóstol Santiago
El que elegido por Dios
Vino a fundar en España
Nuestra santa Religión.

A tí sea siempre
La gloria y honor,
O Santiago Apóstol,
Nuestro protector.

De Jerusalén se vino
Y al pueblo antiguo Español,
Predicándole la Fe,
Ha sacado de su error.

A tí sea siempre, etc.

A la santa ley de gracia
Los gentiles convirtió,
Que quisieron ser cristianos
Y a Dios dar adoración.

A tí sea siempre, etc.

Al pasar por Zaragoza
Allí se le apareció
La Virgen Nuestra Señora,
Cuando estaba en oración.

A tí sea siempre, etc.

Y le dijo que quería
Que un templo luego en su honor
En aquel sitio le hiciese,
Como así lo ejecutó.

A tí sea siempre, etc.

Después que en España estuvo
A Jerusalén volvió,
En donde el perverso Herodes
Por la Fe le degolló.

A tí sea siempre, etc.

El primer Apóstol fué
Que su sangre derramó
Por su divino Maestro,
Jesús nuestro Redentor.

A tí sea siempre, etc.

Su santo cuerpo después
Por el mar hasta Padrón
Fué conducido a Galicia,
Y aquí se depositó.

A tí sea siempre, etc.

Y debajo del altar
De la capilla mayor
Tenemos este tesoro
Con grande veneración.

A tí sea siempre, etc.

Santo Domingo aquí vino
A rendirle adoración,
Y asi mismo San Francisco
Su sepulcro visitó.

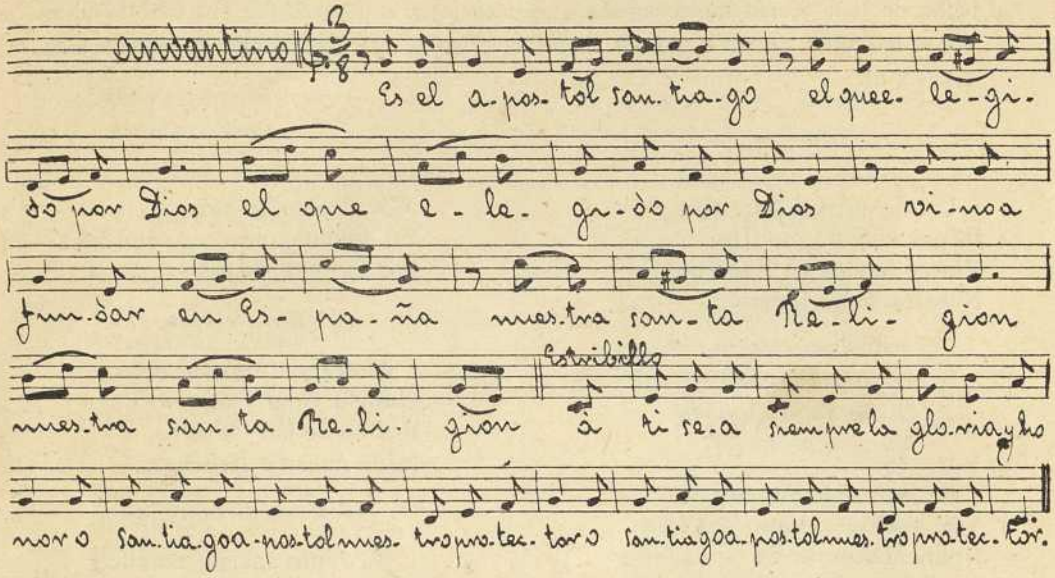
A tí sea siempre, etc.

Santa Isabel aquí estuvo,
Cuando en Portugal reinó,
Santa Brígida de lejos
Hasta aquí peregrinó.

A tí sea siempre, etc.

San Guillermo en este Templo
Para venerarle entró,
Hizo lo mismo San Franco
Que aquí también le adoró.

A tí sea siempre
La gloria y honor,
O Santiago Apóstol
Nuestro protector.



Los moros que son gente
bárbara y fiera
pusieron a la España
injusta guerra.
Rodrigo
nuestro rey fué vencido
por ellos
en el primer combate;
con esto
de gran parte de España
se hicieron dueños.

Este infeliz suceso
fué por el año
de setecientos once
del siglo octavo.
Rendida
toda la Andalucía,
Toledo
donde la corte entonces
estaba
por el General Muza
fué conquistada.

Doscientos mil crueles
Mahometanos
corren por todas partes
con sable en mano,
robando
y sin piedad matando,
inundan
nuestra España de sangre,
los nuestros
a los montes se acogen
de terror llenos.

En Asturias se juntan
y en Covadonga,
por cabeza a Pelayo
y por rey nombran.
Concurren
allí muchos cristianos,
que unidos
bajo de este caudillo,
emprenden
volver cara a los moros
y hacerles frente.

Saben esto los moros
y sin demora
un ejército envían
a Covadonga.
Al punto
que con furia acometen
se ha visto
un singular prodigio:
tiraban
sus flechas, daban vuelta
y los mataban.

De María esperando
el patrocinio,
y que Dios les daría
divino auxilio,
bajando
desde la alta montaña
pelean
con denuedo y firmeza;
su gente
casi toda, los moros
vencidos pierden.

A Castilla los moros
se retiraron,
y hasta León los nuestros
se adelantaron;
prosiguen
después la reconquista,
y un reino
se vió renacer luego
cristiano,
que la fe en España
ha conservado.

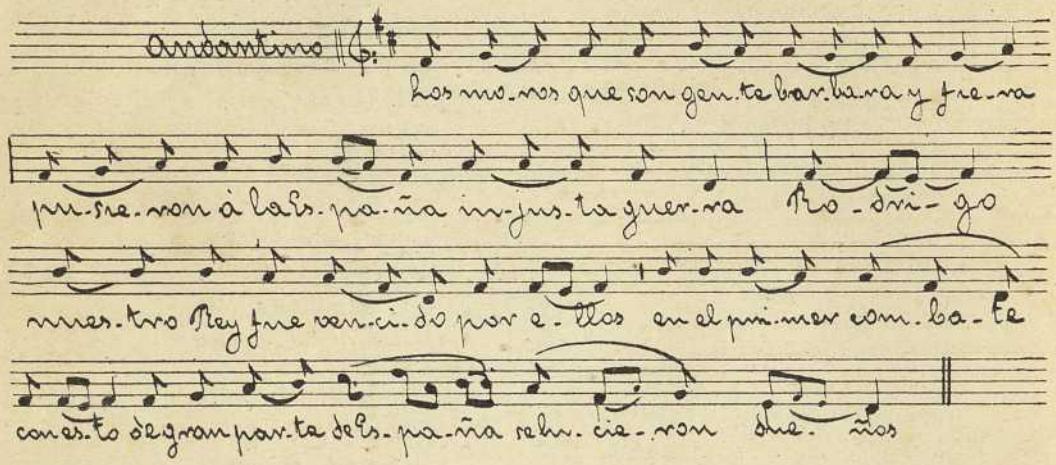
Después de algunos Reyes
que a D. Pelayo
se le han seguido, reina
Alfonso el Casto;
Santiago
en su tiempo fué hallado,
que oculto
en este sitio estaba,
supo esto
y ha venido adorarle
y hacerle un templo.

Este Rey D. Alfonso
muerto en Oviedo,
D. Ramiro primero
empuña el cetro,
se niega
a pagar cien doncellas
cristianas
y muchachas hermosas,
tributo
que los moros le piden
bárbaro e injusto.

Abderramán Rey Moro
Córdoba deja
que de su corte era
la residencia;
camina
furioso a Castilla
jurando
acabar en España
con los cristianos.

También con sus cristianos
sale Ramiro,
y encuentran en Clavijo
al enemigo;
con ellos
combate sin vencerlos,
Santiago
a D. Ramiro hablando
le alienta,
y victoria le ofrece
con su asistencia.

Trábase la batalla
de parte a parte,
y Santiago a caballo
se ve en el aire;
invocan
los cristianos su nombre,
atacan
y setenta mil matan;
alegres
el Voto que hoy se paga
al Santo ofrecen.



NOTAS

(1) La venida del Apóstol a España tuvo lugar probablemente el año 39 de la Era Cristiana, en que fué revelada a S. Pedro en Joppe la *Vocación de los gentiles,* y se acordó por los Apóstoles que habiendo anunciado ya el Evangelio a los Judíos, se llevase a los pueblos paganos, según el mandato del Divino Maestro.

Partiendo, pues, de esa fecha y que la del martirio, a su regreso a Jerusalén, fuese el 42, tres años escasos duró la predicación de Santiago en España; mas si el martirio ocurrió el 44 como quieren otros, entre ellos el Sr. López Ferreiro, entonces duraría unos cinco años.

(2) El Apóstol, según el eminente historiador de la Iglesia de Santiago, « rodeó verosímilmente la Península, siguiendo los famosos caminos romanos de Itálica, Mérida, Coimbra y Braga, Iria y Lugo, Astorga y Palencia, Osma, Numancia y Zaragoza. Desde aquí, por el Ebro, pudo tomar la vía Augustea de Tortosa a Valencia, Chinchilla y Cazorla, para venir a un puerto murciano o andaluz, y en las naves de Oriente regresar a Palestina ». T. I, cap. I.

(3) Esta vía pasaba sin duda por lo que es hoy calle del Franco, al fin de la cual se halla la Fuente de referencia, y al lado una Capilla de Santiago, donde, según la tradición, paró el carro que conducía el cadáver del Apóstol.

(4) La *cena* era, como es bien sabido, la comida principal de los romanos, que tenía lugar a las dos de la tarde aproximadamente; empleando ese término por suponer que la Reina Lupa y su hija adoptiva, estaban romanizadas, y seguían en todo las costumbres romanas.

(5) El *harpasto,* uno de los tres juegos de pelota que usaban los romanos, era muy parecido al moderno fott-ball, pues consistía en un balón que dos grupos o partidos contrarios pretendían arrebatárselo y traerlo a su plaza.

(6) La recolección del *muérdago* era a fines de otoño o principios de invierno, pero creo no tenga la menor importancia el anacronismo de suponerla en Julio.

(7) Se alude a la Égloga virgiliana *Polión,* dirigida por el Poeta al Cónsul de este nombre, con motivo del nacimiento de su hijo, en la cual se hace eco de la predicción de la Sibila de Cumas acerca del feliz advenimiento del Mesías.

(8) Sobre la religión, vida, costumbres y organización social de los celtas galaicos pueden verse, entre otras, las siguientes obras:

Antigüedades de Galicia, por D. Ramón Barros Silvelo. Coruña, 1875.

Historia de Galicia, por D. Manuel Murguía. Tomo I, 2.ª edición. La Coruña, 1906.

Los Celtas. Discusiones acerca de su Geografía y de su Historia, por D. Celso García de la Riega. Pontevedra, 1904.

Estudio sobre la época céltica en Galicia, por D. Leandro Saralegui. Lugo, 1893.

O Druidismo e o Celtismo gallego, por D. Francisco Tetamancy. A Cruña, 1912.

Sobor do antigo linguaxe gallego, 270 páginas en folio, por el P. Celestino G. Romero. Inédita.

Poesía popular española, literatura y mitología celto-hispana, por D. Joaquín Costa. Madrid, 1881.

Historia de los Heterodoxos españoles, por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Tomo I, 2.ª edición. Madrid, 1911.

Religoes da Lusitania, por Leite de Vasconcellos. Lisboa, 1905.

Les Celtes en Espagne, por H. Darbois de Jubainville. V. volumen XXIV del « Boletín de la R. Academia de la Historia ».

(9) Los nombres de Atiamoe Tatelumpsa y Viriamo, de quienes se cree que fueron la Reina Lupa y su nieta, están tomados de una lápida que se conserva en el altar de la iglesia

de San Pelayo, y sirvió de mesa al altar primitivo del Mausoleo del Apóstol, y después al de la primitiva Catedral hasta principios del siglo XII. Por qué se picó esta inscripción y cómo se conserva lo explico en el artículo consagrado a este punto en mi Monografía *La Tumba del Apóstol Santiago.*

El sobrenombre de *Noela*, aplicado a Viriamo, es de invención.

(10) A la entrada de la galería derecha de la Cripta actual, hay una plancha metálica con la siguiente inscripción:

Bajo esta losa del pavimento están los restos de tres esqueletos encontrados, dos en este corredor y el tercero en el opuesto, los cuales según la tradición de esta S. A. M. Iglesia pertenecieron a la Reina Lupa y a dos de sus parientes

(11) En efecto, según la tradición, el Sub Gobernador romano de Galicia en Dugium, que algunos hacen hermano de la Reina Lupa, se convirtió al Cristianismo, arrastrando con su conversión a muchos habitantes de aquella comarca.

(12) La instrucción religiosa en los primeros tiempos del Cristianismo, al menos desde que se organizó la *Catequesis,* se hacía generalmente por grados, dando a conocer primeramente las verdades elementales y luego las superiores, y aun algunas de ellas, como el Misterio de la Eucaristía, no se enseñaban hasta después de recibir el bautismo; pero en el presente caso, dadas las circunstancias que en él intervienen, me he permitido suponer que Teodoro dió a Marco Fulvio una explicación completa del Dogma y de la Moral cristianas.

(13) Véase el artículo referente a la *Etimología de Compostela* de la mencionada Monografía.

(14) Véase en la misma el artículo intitulado *Literatura Jacobea*. La traducción poética del Himno de Ultreya es de D. Antonio G. Vázquez Queipo.

(15) La letra y la música de estas composiciones, y otras tres más, fueron recogidas por D. Rafael Fernández Tafall, Organista de la Basílica, de los ciegos que las cantaron la víspera de la Fiesta del Apóstol al pie de la Puerta Santa en el año jubilar de 1868.

Estas cinco composiciones con su música fueron reproducidas por el M. I. Sr. D. Santiago Fernández Tafall, Canónigo de la misma y hermano del anterior, con dos interesantes artículos en el Tomo XI del «Boletín de la Real Academia Gallega».

CORRECCIÓN IMPORTANTE:

En la penúltima línea de la página 45, donde dice ATANASIO, debe decir TORCUATO, y en la tercera línea de la página siguiente, en vez de TORCUATO léase ATANASIO.

EN PRENSA:

La Tumba del Apóstol Santiago

ILUSTRADA CON 80 FOTOGRABADOS

ÍNDICE:

Al margen de un drama. Prólogo.

I. Iria Flavia.
II. El Castro Lupario.
III. Itinerario de los Discípulos de Santiago.
IV. El Pico Sagro.
V. Descubrimiento del Sepulcro del Apóstol.
VI. Fundación de la Catedral y de la Ciudad compostelanas.
VII. El primitivo Mausoleo del Apóstol.
VIII. El altar del Mausoleo apostólico.
IX. Pequeños monumentos de la Traslación de Santiago.
X. Literatura jacobea.
XI. Algunas Reliquias del Apóstol.
XII. Nuevo descubrimiento de sus restos en 1879.
XIII. Las Peregrinaciones compostelanas.
XIV. Peregrinos ilustres de Santiago durante la primera época de su historia.
XV. Peregrinos ilustres de Santiago durante la segunda Edad Media.
XVI. Peregrinos ilustres de Santiago durante la Edad Moderna.
XVII. Renacimiento contemporáneo de las Peregrinaciones jacobeas.
XVIII. Etimología de la palabra *Compostela*.
XIX. Principales fuentes para el estudio de la Traslación de Santiago y orígenes de la Catedral.
XX. Santiago Peregrino y Santiago Caballero.
XXI. Dos palabras más sobre Santiago Caballero.

PRÓXIMOS A PUBLICARSE:

EL PÓRTICO DE LA GLORIA

ILUSTRADO CON 40 FOTOGRABADOS

ÍNDICE:

Prólogo.

I. La Iglesia Católica.
II. El Parteluz.
III. La figura del Salvador.
IV. Los Evangelistas.
V. Los Bienaventurados y los Ancianos del Apocalipsis.
VI. Los atributos de la Pasión del Señor.
VII. Los Profetas.
VIII. Los Apóstoles.
IX. El Evangelizador de España.
X. Columnas historiadas y capiteles.
XI. La Sinagoga.
XII. El Paganismo.
XIII. Leones y Aguilas.
XIV. Colorido luz y perspectiva.
XV. Cuadro dramático.
XVI. El Arquitecto.

Conclusión.

EL ABUELO

Drama caciquil original escrito en gallego en tres actos y un cuadro. Estrenado en Diciembre de 1922 en el « Salón Teatro » de